

ellos. Mi opinión es que existe en esto algo parecido a la corriente de inducción de los cuerpos electrizados y ello es debido, sobre todo, a la parte caliente del caballero que se mantiene en directo contacto con el lomo del *hobby-horse*. Debido a los dilatados contactos y a la persistente fricción, sucede que, a la larga, el cuerpo del caballero se satura al máximo de materia "hobby horsical", de forma que si podemos dar una descripción clara del uno, estaremos en condiciones de obtener una idea bastante exacta del genio y del carácter del otro.

Entonces, más vale mencionar nuestros caballitos [*dadas*] al paciente, porque igual él adivina su presencia. ¿Juguete de niño, ese caballito [*dada*]?

—Usted trabaja sobre sus propias cosas —dice a la analista, asombrada de verse descubierta—. Pero además no es suyo ni mío —continúa el paciente, adueñándose sin vergüenza del objeto que se vuelve así *convención*—. Por otra parte, ¿qué querría decir "mi" o "su" propia cosa en esta ocasión? Ni usted ni yo existimos como propietarios de egos bien delimitados, ni de corceles bien entrenados, si ambos estamos preocupados en un camino sembrado de obstáculos en el que además uno está siempre en el mismo lugar, ¿no?

VI. INMEDIATEZ. Las coordenadas del tiempo cuando el tiempo se detuvo

MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE CAUSALIDAD

"Una merienda de locos."¹ Hablarle al Tiempo

El pastor Rivers, padre de William H. Rivers, tenía un segundo oficio que permitió a su hijo conocer gente muy interesante: curaba el tartamudeo con un método de su invención y contaba entre sus pacientes a Charles Lutwidge Dodgson, más conocido como Lewis Carroll. Katharine Rivers, la hermana de William, es uno de los modelos de Alicia.² Con estos guías abordaremos aquí los giros, las torsiones, las vueltas atrás en el tiempo al que nuestros pacientes nos llevan. Los invitados de "Una merienda de locos" comenzaron el trabajo por nosotros.

¹ L. Carroll, "Un thé chez les fous", en *Les Aventures d'Alice au pays des merveilles*, edición bilingüe, trad. fr. de H. Parisot, París, Aubier-Flammarion, 1970, pp. 185 y 186 [trad. esp.: "Una merienda de locos", en *Alicia en el país de las maravillas. Alicia a través del espejo. La caza del snark*, trad. de L. Maristany, Buenos Aires, DeBolsillo, 2010].

² K. Rivers, "Memories of Lewis Carroll", en *Library Research News*, Hamilton, McMaster University, 1976. Véase también P. Barker, *Régénération*, trad. fr. de J. Gourand, Arles, Actes Sud, 1995.

—Si conocieras al Tiempo como yo —dijo el Sombreroero—, no hablarías de emplearlo o perderlo como una cosa. Él es muy alguien. [...] ¡Me atrevería a decir que ni siquiera le has dirigido la palabra al Tiempo! [...] El Tiempo y yo nos peleamos el pasado marzo... justo antes de que ésta se volviera loca. —Y señaló con la cucharilla a la Liebre de Marzo.

El asunto era una canción que el Sombreroero Loco debía cantar en el concierto de la Reina de Corazones.

—Bueno —dijo el Sombreroero—, apenas había entonado la primera estrofa cuando la Reina se puso a gritar: "¡Está matando el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!" [...] Y desde entonces —prosiguió, con voz desolada, el Sombreroero— ¡el Tiempo no hace más que darme la contraria! ¡Ahora son siempre las seis!

Alicia y el Sombreroero nos enseñan así que un tiempo que no pasa desorganiza hasta el funcionamiento normal de las metáforas. Cuando la urgencia de una crisis de locura nos hace sentir que no tenemos tiempo, efectivamente lo que ocurre es que *no tenemos* tiempo, que acabamos de penetrar con alguien en un mundo que no conoce nuestra dimensión cotidiana, tan cotidiana que la olvidamos como un supuesto tiempo de las cosas. En todo caso, el tiempo ya no funciona allí según su dirección habitual, que *ni hace falta decirlo*. Como dice el Sombreroero Loco, cuando el Tiempo habla, más vale que todo el mundo esté listo para responderle a Él (¡mayúscula, por favor!).

En un momento en que sus crisis suicidas le daban respiro, un ex niño sobreviviente de uno de esos mundos totalitarios contruidos políticamente como un movimiento perpetuo sin antepasados (en efecto, escribe Hannah Arendt, "en la

interpretación totalitaria todas las leyes se convirtieron en leyes del movimiento [...], el terror es la realización de la ley del movimiento"),³ convertido en un hombre, le decía a la analista: "Nosotros construimos poco a poco una casa de tiempo. Tómese su tiempo".

En efecto, hay que "tomar el tiempo", tomarlo amable o brutalmente. Pues los síntomas llevados al analista no indican una repetición neurótica, sino tartamudeos de la Historia.

La dinámica de la transferencia, entonces, es compleja: por una parte, hay que actuar en la urgencia de una crisis o de un pasaje al acto. Pero, por otra parte, esos mismos síntomas muestran un tiempo que no pasa. El peligro surge del oxímoron. ¿Cómo detener una precipitación inmóvil? El peligro surge también de la colisión entre el tiempo cotidiano, que regula los asuntos de los hombres, y el tiempo de la locura, que se burla totalmente de esa regulación. Se agrega también la colisión con el tiempo del analista.

Por medio de las historias que hemos contado, vimos que el volver a poner en marcha el tiempo depende de las interferencias que llevan al analista hacia puntos problemáticos de la temporalidad que habita. Puede reconocerlos y a veces utilizarlos, jamás anticiparlos. La producción del futuro como tiempo gramatical se vuelve posible en esas extrañas intersecciones, en la transferencia, de tiempo circular o de instantes perdidos.

Las secuencias clínicas que siguen tratan de distinguir ahora los distintos momentos en la producción del tiempo, que es el desafío principal del trabajo de la locura respecto de la historia de los linajes.

³ H. Arendt, *Les Origines du totalitarisme*, trad. fr. de J.-L. Bourget, R. Dreyer y P. Lévy, París, Gallimard, 2002, p. 207 [trad. esp.: *Los orígenes del totalitarismo*, trad. de Guillermo Solana, Madrid, Alianza, 2009].

Urgencia

Ante un peligro inminente, la primera reacción terapéutica debe tener lugar lo más rápido posible: ésa es la *immediacy* que Salmon plantea como segundo principio. En su aplicación para la psiquiatría de guerra, la inmediatez ordena intervenir dentro de las 24 o 72 horas que siguen al acontecimiento traumático.⁴

Así es como un oficial historiador de la guerra del Pacífico, A. Marshall, en las islas que por coincidencia llevan su nombre, inventa el psicoanálisis de una batalla librada justo después de los combates en el atolón de Kwajalein, en enero-febrero de 1944. Marshall observa que la experiencia de la batalla vuelve confusas las cosas, y que el recuerdo se modifica rápidamente. Sólo un *debriefing* inmediato de todos los sobrevivientes del grupo de combate puede procurar una representación detallada, justa y razonable, de lo que realmente pasó. La dimensión de la transferencia es esencial. Nos parece importante mostrar aquí ese documento.

Durante cuatro días examinamos y reexaminamos esa batalla de una noche, reconstruyéndola minuto a minuto a partir del recuerdo de cada oficial y de cada soldado enrolado que tomó parte activa en ella. Al cabo de esos cuatro días [...] descubrimos, para nuestro asombro, que todos los hechos del combate estaban disponibles, y que esos hechos habían estado adormecidos en las mentes de los hombres y los oficiales, a la espera de ser "revelados". [...] Nos encontramos conque, en

⁴ H. C. Holloway y R. J. Ursano, "The Vietnam Veteran. Memory, Social Context, and Metaphor", en *Psychiatry*, vol. 47, mayo de 1984, pp. 103 y ss. Citan a A. Marshall, *Island Victory*, Washington DC, Penguin Books, 1944 (de donde están extraídas las citas); reeditado por Zenger, 1982.

general, cada soldado tenía el recuerdo fresco, de un modo poco frecuente, sobre lo que había oído, visto, sentido y actuado en la batalla. Descubrimos que reconocía la dignidad de una investigación oficial cuyo solo objetivo era encontrar la verdad de la batalla, y que había pocas chances de que exagerara o de que fuera demasiado modesto. Descubrimos que responde mejor cuando sus compañeros están presentes. [...]

Todos los soldados, incluidos los oficiales, son iguales ante esta comisión informal. Buscan simplemente la verdad [...]. El éxito de la investigación procede de su juicio y de su buena fe. [...]

Casi invariablemente las declaraciones más claras venían de los soldados rasos. Les preguntamos no sólo lo que habían hecho durante el combate, sino también lo que habían dicho realmente y cómo se habían sentido. Estaban inusualmente seguros del recuerdo de sus reacciones emocionales. Pero pocas veces recordaban lo que habían dicho en medio de la acción. Era más probable que el hombre que había oído decir algo a otro se acordase de esas palabras que el propio hombre que las había pronunciado.

El objetivo a largo plazo es escribir la historia, con la mayor exactitud posible: "Raramente uno se vale de lo que sabe de oídas como prueba. Con una excepción. La palabra del sobreviviente debe ser considerada como portadora de lo que sus camaradas muertos o gravemente heridos hicieron o dijeron". Proximidad del campo de la palabra y del campo de batalla: al borde de lo Real, el uso de las palabras requiere una precisión segura y no soporta los falsos pretextos.

Refiriéndose a civiles víctimas de ataques aéreos, Frieda Fromm-Reichmann agrega que el psiquiatra debe verlos enseñada después del trauma, y brindarles primero un apoyo físico

y moral.⁵ Pero no se trata de quedarse con eso. En la proximidad de la relación transferencial, tanto los agujeros de la historia de la catástrofe como las reacciones emocionales son explorados poco a poco, sea cual fuere el desamparo. Esto es para tratar de evitar el *cercenamiento* del impacto traumático que, si espera mucho tiempo, fuerza su camino rápidamente fuera de la conciencia y comienza su trabajo doblemente silencioso.

En esta urgencia, los psiquiatras aprendieron su oficio en la zona del combate. Aprendieron sobre todo a observar en ellos mismos los efectos de "ese tiempo fuera de sus goznes", y a analizarlos. Francis Braceland advierte que a los antiguos psicoterapeutas de niños les resultaba más fácil desistir de su stock doctrinal, que sin duda ya se veía muy disminuido por sus jóvenes pacientes:

Nuestra asociación con psiquiatras que se unieron al ejército a partir de la vida civil nos dejó una impresión sorprendente: los hombres formados en la psiquiatría de niños parecían tener menos dificultades para captar rápidamente lo esencial de los problemas que tenían frente a ellos. No sacamos ninguna conclusión de esta observación puramente empírica. Sugerimos simplemente que el progreso de la psiquiatría y el aumento de las responsabilidades de los psiquiatras en muchos terrenos nuevos llaman a una revisión profunda de nuestros métodos de formación.⁶

Estos psiquiatras, por otra parte, no encontraron ninguna correlación entre un derrumbe brutal y una determinada estructura de la personalidad. Aprendieron la dura lección del *hic et*

⁵ F. Fromm-Reichmann, *Psychoanalysis and Psychotherapy*, Chicago, University of Chicago Press, 1959, p. 55.

⁶ F. Braceland, "Psychiatric Lessons from World War II", en *American Journal of Psychiatry*, 1946, p. 588.

nunc de la transferencia, sin refugiarse sistemáticamente en las prudentes reconstrucciones de la anamnesis.

Pero la dimensión de la inmediatez no es tan fácil de manejar, y ese tiempo no se deja amansar tan dócilmente. Pasados los primeros éxitos, vuelven las crisis que se repiten, a veces después de varios años, con síntomas de efectos retardados. La opinión pública recobra el protagonismo: hablar no ha servido de nada, se lo habíamos advertido, usted se hizo ilusiones.

Eso es desconocer las características de la dimensión del tiempo al borde de lo Real. Allí las formas de comunicación, verbales o no verbales, revisten una importancia considerable si se tienen en cuenta las relaciones transferenciales que las vuelven posibles. Pues los problemas agudos empeoran o mejoran en función del otro. Si este último se asusta, o desprecia, acusa, o se descorazona, amplifica los síntomas y los fija, según comprueba el psiquiatra militar Albert Glass después de la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Corea:

Si el entorno terapéutico comunica tensión, desesperación o impotencia, contribuye a la continuación de los síntomas. [...] La experiencia anterior con técnicas de tratamientos complicados, que incluyen medicamentos, internaciones prolongadas, shocks insulínicos o interrogatorios psiquiátricos frecuentes indican solamente la mediocridad de los resultados obtenidos a pesar del importante gasto en personal y en medios.⁷

Pero la sangre fría y la sensibilidad del terapeuta no garantizan tampoco una mejoría duradera. Al contrario, después de un

A. J. Glass, "Management of Mass Psychiatric Casualties", en *Military Medicine*, abril de 1956, pp. 335-340.

alivio inmediato, lo peor puede expresarse, justamente dirigido a aquel que en primer lugar fue probado, como los otros.

Por eso lo que se llama comúnmente *debriefing* no es un procedimiento de rutina. Si excluye la relación transferencial, esta comunicación logra quizás acceder a detalles inalcanzables, pero deja al sujeto en una soledad todavía más acentuada. Hay que volver a empezar todo con más dificultades todavía.

Dicho esto, el tiempo fijo que se enfrenta en la inmediatez obliga siempre a recomenzar desde un principio. Algunos experimentarán luego la necesidad de repetir, de decir y de volver a decir los hechos, para acabar con la excitación; otros se callan. Algunos hijos de héroes, de traidores o de víctimas entrarán en crisis, con un miedo en el estómago que sus padres no experimentaron. Se piensa entonces que su "enfermedad" es endógena, interna, persistente, mientras que lo que persiste es esa temporalidad fuera de tiempo, abierta brutalmente para sus antepasados y que perdura para ellos en la suspensión misma del tiempo.

De allí el paradójico remanente que esos acontecimientos abren en los linajes, que exigirán en los momentos críticos la misma inmediatez, a veces cincuenta años más tarde. Pues la intervención in situ, en lo más fuerte de la crisis, no es suficiente. En esos casos, la urgencia es el parámetro principal del tiempo que no pasa. La urgencia dura.

Primera crisis, enésima crisis

Una temporalidad como esa, sin futuro ni pasado, hace saltar la pertinencia de una cadena causal. En efecto, la causalidad implica la orientación de la flecha del tiempo, desde el pasado hacia el futuro. El principio de inmediatez no permite tampoco anticipar la crisis, con la esperanza de una prevención. De igual

modo, los tiempos y los espacios explorados por la locura no responden al dicho "un efecto, una causa". Aquí no es posible remitirse a la tranquilizadora estrategia de que, para evitar el efecto, basta con intervenir sobre la causa.

Cuando se trata de la inadecuación de una filosofía que interpreta las atrocidades con la idea fija del *mejor de los mundos posibles*, e impone el principio de causalidad en un campo catastrófico donde está manifiestamente fuera de tema, podemos recordar a Voltaire: "Pangloss enseñaba metafísica-teólogo-cosmológico-logía y probaba de modo admirable que no hay efecto sin causa, y que en este mejor de los mundos posibles, el castillo del señor barón era el más hermoso de todos, y la baronesa, la mejor de las baronesas posibles".⁸ Sobre un fondo general de guerras, naufragios, esclavitud y fanatismo, el quinto capítulo presenta en segundo plano el desastre del terremoto de Lisboa, que en 1755 produjo más de 20 mil víctimas.

Sólo el *miedo* a la crisis psicótica empuja a los especialistas a buscar refugio en razonamientos causalistas de toda clase y a mantener la ilusión del dominio posible de un *problema*, si uno interviene a tiempo.

Está claro, por cierto, que un paciente a quien le fue dado hablar desde su primera hospitalización cederá en menor grado al abatimiento que se instala con la repetición de las estadías en el asilo.⁹ Son figuras desesperantes de otrora jóvenes dotados, que se adaptaron a una rutina adormecedora

⁸ Voltaire, *Candide ou l'optimisme*, París, Gallimard, 1954, caps. I y V [trad. esp.: *Cándido o el optimismo*, trad. de M. Fernández Alonso de Armiño, Madrid, Espasa-Calpe, 2001].

⁹ E. Goffman, *Asiles*, trad. fr. de L. y C. Lainé, París, Minuit, 1968 [trad. esp.: *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, trad. de M. T. Oyuela de Grant, Buenos Aires, Amorrortu, 2009].

después de años de grandes curas estabilizadoras del humor. El hermano de Gudmundsson, el autor islandés de *Ángeles del universo*¹⁰ representa un ejemplo trágico de ese tipo de institucionalización.

Siempre hubiéramos querido estar ahí "la primera vez". ¿Pero qué quiere decir "primero" cuando el tiempo no pasa? ¿En qué tiempo iniciar una cuenta tan irreal como la reivindicación de un paciente que insultaba al analista por no haber intervenido diez años antes de su nacimiento? Por otra parte, en ese entonces el analista debía tener ¡2 años!

Vale más pensar toda crisis de locura como un comienzo: *La decimotercera vuelve... y aún es la primera*. Para Gérard de Nerval, las crisis de locura volvieron más de diez veces a partir de sus 33 años y antes de su suicidio en 1855, después de varias hospitalizaciones.

La decimotercera vuelve... y aún es la primera;
y la única es siempre, o el único momento.

El soneto termina con este verso:

La Santa del abismo más santa es a mis ojos.¹¹

Nerval había perdido a su madre en 1806, cuando el niño tenía 2 años de edad. Ella había muerto en algún lugar de Polonia, luego de dejarlo en Francia para seguir a su marido, un

¹⁰ E. M. Gudmundsson, *Les Anges de l'univers*, trad. fr. de C. Eyjolfsson, París, Garnier-Flammarion, 1998 [trad. esp.: *Ángeles del universo*, trad. de J. A. Fernández Romero, Madrid, Siruela, 1999].

¹¹ G. de Nerval, "Artemis", *Les Chimères*, en *Œuvres complètes*, t. 1, París, Gallimard, 1960 [trad. esp.: *Las quimeras y otros poemas*, trad. de A. Moncho y J. L. Jover, Madrid, Alberto Corazón, 1974].

médico militar de las campañas napoleónicas. Él, a su vez, volvió a hacer el itinerario de esta topología catastrófica en un viaje de hijo de combatiente. Esta paradoja temporal permite justamente recibir un paciente "crónico",¹² en un tiempo de primera vez: primera vez, en efecto, de un posible encuentro. La juventud aquí no es la juventud de las arterias, sino la de un comienzo potencial, con sus efectos de sorpresa, de despertar, de asombro, de admiración.

En cambio, nos quedamos perplejos ante formulaciones programáticas que tratan de resolver la crisis con las herramientas del *problem solving*: lo que hay que hacer, lo que hay que evitar, lo que hay que decir, lo que hay que callar. En efecto, en los momentos de primeros encuentros como éstos, el analista tiene siempre la impresión de decir lo que no tiene que decir, de no decir lo que hay que decir, de hacer lo que debería ser evitado y de no pensar en lo que hay que hacer. El choque de este encuentro lo fuerza a preguntarse qué le pasa, a él, el analista, tanto como al otro.

Gilda tenía elementos para dar cuenta de la cuestión. Cuando llegó al hospital conoció médicos que querían calmarla, decía ella, psis que la escuchaban con neutralidad, enfermeras que le hablaban como a un bebé y terapistas físicos que la hacían tornear vasijas. Y ella lo que quería era encontrar a alguien que sostuviera el choque de su experiencia.

¿Ese tipo de encuentro podría ser del tipo *solution*? De hecho, la secuencia aparentemente lógica —primero el problema, luego la solución— aquí no es pertinente. Pues de entrada una

¹² Paradoja de la palabra que identifica el paciente con el tiempo mismo, Chronos, según la etimología griega. La mitología nos muestra también la figura monstruosa de otro Cronos que devora a sus propios hijos por miedo a ser destronado por ellos.

primera crisis es una solución, incluso sintomática, que disuelve las referencias habituales de la comprensión y, sin ningún miramiento, propone otras en un tono que no espera respuesta. Transferencialmente, primero la respuesta, después el planteo del problema del que va a formar parte el analista desde el momento en que queda incluido en la confusión. Él debe formular la intersección, las coordenadas de historias que los superan a los dos. Sin negar la urgencia y la necesidad de claridad, parece que el rigor debe apuntar a un lugar distinto del modelo causalista. Más bien hacia el despliegue de la interferencia y el señalamiento de las desviaciones cuya crisis propone el análisis.

Un personaje menor

En ese primer contacto, el analista no es depositario de un saber ni siquiera supuesto. Todo lo contrario: al comenzar, está ligado de hecho a la crisis, y en ese sentido se convierte también en objeto de la investigación. Lo quiera o no, forma parte del momento crítico en que todas las competencias encuentran un límite. Muy pronto es descalificado; se halla reducido al papel de un personaje menor sin cualidades, escaneado por alguien aparentemente *spaced*, confuso, desconectado, indiferente a la prestancia de los roles sociales, pero concentrado sobre lo que el analista ignora de sí mismo en ese primer contacto. Un saber sin sujeto busca entrar en contacto con las fallas del otro, más allá de la máscara profesional.

El trabajo analítico apunta entonces a restaurar el lugar del sujeto, ocupando, en su insignificancia misma, el lugar del doble del que nos hablan a la vez Artaud y Schrödinger, casi en los mismos términos. A propósito del teatro balinés, en *El tea-*

tro y su doble, Artaud menciona "guerreros en estado de trance y de guerra perpetua [...] y el juego eminentemente realista del doble que se espanta de las apariciones del más allá".¹³

De esta conjunción puede nacer un sujeto potencial, indispensable para la investigación, pero no por ello más exitoso. Artaud y Schrödinger, que son contemporáneos, teorizan esta crisis como una crisis teatral, cuyo centro de gravedad es un personaje sin pretensiones. El *doble* del teatro balinés en Artaud, que asiste espantado a las apariciones del más allá, aparece en Schrödinger, casi en los mismos términos, como figura del sujeto del conocimiento:

Antes de que ocurriera, ¿todo eso habrá sido una obra de teatro delante de una sala vacía? ¿Podemos incluso llamar con ese nombre a un mundo que nadie contempla? [...] Un mundo existente desde hace millones de años sin el menor espíritu que tome conocimiento de él, que lo contemple, ¿es algo, siquiera? ¿Existió? [...] A veces, un pintor o un poeta introducen en su obra un personaje secundario y sin pretensión que es él mismo. Así, el poeta de la *Odisea*, supongo, se pintó a sí mismo al hablar del bardo ciego que, en la sala de los feacios, canta la guerra de Troya y hace romper en lágrimas al héroe.¹⁴ [...] Un humilde personaje secundario que podría perfectamente no estar allí. [...] En mi opinión, ésa parece ser la mejor analogía del desconcertante doble rol de la mente. Por un lado, es el artista que ha producido el todo. En el trabajo realizado sólo es, sin embargo, un insignificante accesorio

¹³ A. Artaud, "Sur le théâtre balinaise", en *Le Théâtre et son double*, París, Gallimard, 1964, pp. 67 y ss. [trad. esp.: *El teatro y su doble*, trad. de E. Alonso y F. Abelenda, Barcelona, Edhasa, 1983].

¹⁴ Homero, *L'Odyssée*, canto viii, trad. fr. de V. Bérard, París, Gallimard, 1961 [trad. esp.: *Odisea*, trad. de J. M. Pabón, Madrid, Gredos, 2005].

que podría estar ausente sin atentar contra el efecto de conjunto. [...] Del mismo modo, el cuadro físico del mundo carece de todas las cualidades sensibles que concurren para formar el Sujeto del Conocimiento. Y sin embargo, sin él, ese cuadro no podría existir.¹⁵

No podría relacionarse mejor la emergencia discreta del sujeto del traumatismo y el sujeto del descubrimiento científico. Schrödinger lo detecta en la resonancia que une a un vagabundo anónimo tirado en una playa con el canto del bardo que representa a Homero permitiéndole a Ulises llorar y nombrarse. Gregory Nagy¹⁶ insiste también sobre el momento en que las lágrimas de las cosas del universo y la certeza de que el alma del otro está afectada por ellas pueden, a partir de esta resonancia, dar finalmente relieve a las representaciones, de lo contrario planas y fijas: "Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt".¹⁷

La transferencia de la crisis responde en el momento preciso en que es urgente reconocer al sujeto que produce el cuadro del mundo que nadie contempla. Al mismo tiempo, este último sabe perfectamente que su rol es accesorio y sin pretensiones. Podría ser muy bien que las crisis, que para algunos siguen a la obtención de una medalla Fields o de un

¹⁵ E. Schrödinger, *L'Esprit et la matière*, trad. fr. e introd. de M. Bitbol, París, Seuil, 1990, p. 208 [trad. esp.: *Mente y materia*, trad. de J. Wagensberg, Barcelona, Tusquets, 1985].

¹⁶ Comunicación oral, llevada a cabo durante nuestro seminario "Folie et lien social" [Locura y lazo social] en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, en mayo de 2002.

¹⁷ Virgilio, *L'Énéide*, París, Les Belles Lettres, 1956, libro I, v. 462 [trad. esp.: *La Eneida*, trad. de V. J. Herrero, Madrid, Gredos, 1989]: "Hay lágrimas que vienen de las cosas, y el destino de los mortales afecta el espíritu de los habitantes de esa región" (la traducción del verso es nuestra).

premio Nobel, respondan a ese saber agudo... "Tengo más vez que la Tierra", decía Sissi para formular el saber del que era depositaria.

Ese saber intempestivo no es inmediatamente admisible. Descansa sobre intuiciones que el analista debe invalidar o confirmar cueste lo que cueste y aunque a veces sean incómodas. Eso lleva su tiempo. Pues ese saber sobre los comienzos el paciente lo extrae de momentos larvarios que ha atravesado, momentos en los que brota un lenguaje en busca de otro con el cual hacer un juego de lenguaje, un otro que le responda y que responda por la pertinencia de sus proposiciones.

No hay lugar para leer un déficit en la fragilidad de los comienzos; sino más bien una competencia inmediata en técnicas de supervivencia. Hay un saber de la crisis que, sin ninguna vergüenza, sin ninguna presunción, permite a ese hombre o a esa mujer *sin rango alguno* encontrar en el analista los puntos en que el lenguaje es incoativo, no está muy bien aferrado.

Las áreas de catástrofe exigen de parte de los sobrevivientes y sus descendientes un saber de bebé en un cuerpo de adulto. Son seres alertas, pendientes de lo desconocido que les acecha, que casi no duermen, endurecidos por una vigilancia en todo nivel, con una atención extrema a las más sutiles variaciones de los rostros, de las atmósferas, que constituyen ya un principio de juego de lenguaje con un cosmos en perpetuo cambio. Por eso están listos para descubrir, en el analista, las menores conexiones con esos minúsculos momentos en que el universo puede oscilar en el caos. Tanto si el analista lo sabe o no.

Del mismo modo, los analistas se cuentan entre ellos sus comienzos, el primer paciente que los hizo vacilar en una historia de locos, en la singularidad de *un solo momento* desnarcizante, que luego se repetirá en otros encuentros. A las crisis del paciente, que son siempre las primeras crisis, responden

los momentos críticos del analista, que son siempre primeros momentos, nunca anticipados.

UN TIEMPO QUE NO PASA

*Joseph: presencia de la Cosa*¹⁸

Un psiquiatra derivó al analista a un hombre de 28 años, acosado por ideas suicidas amenazantes y permanentes. El padre de Joseph era empleado público. Su madre vivía en la casa, había nacido en un pueblito de provincia y eso a él le daba vergüenza.

Joseph estigmatizaba a la nativa desarraigada y la describía como una salvaje, inadaptada a la capital: "Mi madre es tonta". Ésas eran sus palabras. Por otra parte, su padre, más educado, no tenía nada que decir, ni a eso ni a ninguna otra cosa. Según Joseph, su padre no manifestaba nunca nada. El casamiento había trasplantado a su madre a París, lejos de un paisaje y de una cultura que ni ella ni sus antepasados habían abandonado jamás. Ella vivía en el exilio, en el medio de ninguna parte, como sucede cuando hay desplazamientos de población.

En realidad, el tiempo se había detenido, suspendiendo toda modernidad, en las inmediaciones de la debacle de los años cuarenta. Pero en el análisis nunca se hablaría del tiempo de guerra y ocupación, que sin embargo corresponde al momento en que se instala en París. El desarraigo durante esta

¹⁸ J. Lacan, *Le Séminaire, livre VII. L'Éthique de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1986, p. 87 [trad. esp.: *El seminario, libro VII. La ética del psicoanálisis*, trad. de D. Rabinovich, Buenos Aires, Paidós, 2003]: "Das Ding en cuanto correlato mismo de la ley de la palabra, estaba ahí desde el comienzo; es la primera cosa que pudo separarse de todo lo que el sujeto comenzó a nombrar y a articular".

época agitada no había dejado ninguna huella. Únicamente los ojos de Joseph dejaban ver cierto estupor, y también un aburrimiento omnipresente. En este punto, los años cuarenta en Francia todavía tienen un modo de existencia negativo. Igual que el disidente Auguste, Joseph confirmaba con su atrinchamiento la vergüenza de esta época cercenada de la historia.

El analista tuvo la ocasión de encontrarse una vez con la madre de Joseph, en un momento peligroso de la terapia de su hijo. A veces los pacientes que participan de una economía simbiótica de supervivencia llevan al analista a aquellos con los que están vitalmente ligados. El analista vio entonces a una mujer animosa, elegante y precisa en la descripción de la situación, muy diferente del ser humano desfasado del que había hablado su hijo. Sin embargo, y al mismo tiempo, la mujer parecía realmente habitar, como Elliot o incluso Phineas Gage, fuera de un mundo del que no obstante podía hablar con pertinencia e inteligencia. Durante el tiempo que duró el análisis, varias veces le dijo palabras importantes a su hijo, siempre pronunciadas en el marco de su casa natal, en el pueblo al que la familia iba todos los años durante las vacaciones.

Joseph nunca antes había estado internado. Incluso había tenido una escolaridad casi normal, aunque él la describiera como un ejercicio de equilibrio constantemente inestable, siempre ligado a los mejores amigos, por quienes sentía un apego vital. Ninguno le falló durante las adversidades que tuvo que atravesar, incluso durante su análisis.

La primera crisis apareció después de una ruptura sentimental con una chica con la cual había compartido vida y estudios durante algunos años. Se separaron; para él fue el fin del mundo. Volvió entonces con sus padres y, durante los ocho años que siguieron, vivió completamente enclaustrado en su cuarto. No tenía trabajo ni estudio. Con violencia prohi-

bía entrar a quien fuera, aun para limpiar o cambiar las sábanas. Antes, había acumulado en esa pieza una colección heteróclita de objetos juntados al azar en la calle o en los tachos de basura. Le resultaba imposible tirar nada, y desde hacía mucho tiempo, el piso de su cuarto ya no se veía. Tampoco hacía diferencia entre los días y las noches, poblados de pesadillas indecibles.

El analista le pidió primero que le llevara un pedazo de ese sedimento del tiempo. Con mucha reticencia terminó trayendo un pesado lingote de latón, de unos 20 kilos, robado de una obra justo antes de su reclusión, y lo dejó caer al suelo. A pesar del hueco marcado en la alfombra, el analista le dijo que ese peso podría constituir un ancla en el consultorio para el trabajo que tenían que hacer juntos. Justo después, el muchacho encontró un trabajito para pagar sus sesiones.

Al mismo tiempo, la dependencia se instaló en la transferencia: a menudo llamaba, primero inmediatamente después de su sesión y después a toda hora, e incluso a la noche, diciendo solamente: "Soy yo". En esa proximidad llegó a ocurrir que, cuando sus padres no estaban, el analista lo alimentara con pan y queso, pues entre las sesiones se olvidaba fácilmente de comer durante varios días. Con frecuencia, se olvidaba también el principio de una frase ya comenzada. Cuando trataba de leer, el recuerdo del principio de las frases impresas se borraba antes incluso de llegar a la línea siguiente: "No tengo memoria", decía, presa de un terror que impedía confundir ese comentario con un defecto trivial.

Durante esos ocho años su ocupación principal había consistido en dar vuelta las páginas de los cuatro álbumes de fotos familiares. A pedido del analista y con gran reticencia, un día finalmente los trajo. Había un bebé, siempre el mismo, que aparecía veinte veces por página, como si lo hubieran fotogra-

fiado cada cinco minutos. Había también bucles de cabello rubio, flores secas, ramitas de boj.

—¿Quién es?

—Mi hermano mayor. Nació y se murió nueve años antes de mi nacimiento. Yo no tengo nada que ver con esa vieja historia.

El analista decidió guardar esos álbumes, afrontando el rechazo del paciente. Joseph prosiguió:

—Un día, un compañero de clase me preguntó el nombre del bebé expuesto desde siempre en una foto en la pared del comedor. No pude más que responderle: "Soy yo".

Después, repentinamente furioso:

—¿Por qué no me cuidó usted cuando yo era bebé?

La interpelación dejó desconcertado al analista: calculó que él hubiera tenido entonces 9 años. Por lo tanto, casi la misma edad que el hermano de Joseph, cuya breve vida había transcurrido durante la guerra. El período permanecía velado como las noches en vela de Joseph.

La respuesta a esta pregunta desplazada apareció la noche siguiente bajo la forma de un sueño surrealista del analista, que produjo una imagen de *cadáver exquisito*,¹⁹ en el punto preciso en que las palabras y las imágenes ya no entran en un intercambio habitual: en un hospital, el analista estaba buscando a su abuela, muerta unos veinte años antes.

¹⁹ Juego de sociedad muy caro a los surrealistas, que consiste en escribir algo, cada uno a su turno, sobre una tira de papel que se va enrollando, sin saber lo que escribieron los jugadores anteriores. El resultado es cómico, a veces poético. El nombre de *cadáver exquisito* nos había parecido siempre extraño hasta nuestro encuentro con las *cadáveras* de México, durante la fiesta del Día de los Muertos. Sobre tiras de papel, parecidas entre sí, la gente escribe poemas y aforismos dedicados a la persona cuya desaparición desea, generosamente, dedicándole esta *cadáver*. Con los esqueletos de todo tipo que se pasean esos días, aquí vuelve a aparecer el *cadáver exquisito* del sueño del analista.

Una enfermera lo conducía hasta su pieza donde, en una especie de jaulita, la abuela se le aparecía bajo la forma de un ave desplumada, sin cabeza, que trataba de tocarlo con los muñones de sus alas. Esta pesadilla reactivaba la inmediatez de una circunstancia *entre dos muertes* donde para Joseph, como para el analista, un muerto vivo trataba de tocarlo: cuando falleció su abuela, de la que se sentía muy cercano, el analista no había tenido la oportunidad de estar en presencia del cuerpo. Durante la inhumación, había tenido por algunos segundos la *visión*, muy clara, alucinatoria, del fondo del interior del ataúd *vacío*.

Por más raro que pueda parecer, había soñado eso en lugar de Joseph, cuyas pesadillas eran siempre inaccesibles. Decidió brindarle esta información, como un testimonio expresable de esta zona entre dos muertes, en el cruce de sus dos historias. La inmediatez de un tiempo detenido encontraba cómo representarse, por coincidencia o en un "azar objetivo",²⁰ como hubieran dicho los surrealistas.

Joseph lo escuchó atentamente y respondió, como siempre: "No comprendo nada en absoluto, no tiene nada que ver conmigo". Sin embargo, ese contacto embrionario de la Cosa, *pollito* desnudo y frío, rondando su soledad, nutriéndose de la vida de su hermano menor, recibía en el sueño del analista la acogida de una abuela, en el país de los antepasados, no sin horror. La inscripción —si no en el imaginario de la comprensión inmediata al menos en la cadena significativa que une una experiencia de lo Real a las *palabras de la tribu*—²¹ tuvo un efecto inmediato.

²⁰ A. Breton, *Nadja*, París, Gallimard, 1964 [trad. esp.: *Nadja*, trad. de J. L. Velázquez Ezquerro, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002].

²¹ S. Mallarmé, "Le Tombeau d'Edgar Poe", en *Oeuvres complètes*, París, Gallimard, 1961, p. 70 [trad. esp.: "La tumba de Edgar Poe", en *Poesía completa*, trad. de P. Mañé Garzón, Barcelona, Ediciones 29, 2001].

Algunas semanas después, Joseph dejó repentinamente la *tumba* de su dormitorio y encontró una pasantía remunerada en informática, área que luego convirtió en oficio. Poco después conoció a su futura mujer, "se casó y tuvo hijos", justo antes de que su padre muriera de cáncer.

Después su madre le hizo un extraño pedido desde su provincia natal, donde entonces residía: echar en un pozo de la casa familiar una gran piedra negra, que había estado siempre en el patio y que ella no soportaba más. Él le hizo observar al analista que el nombre de su hermano, Pierre, podía así ser inscrito, ahora que no tenía necesidad de estar representado para siempre por el objeto del mismo nombre.* Joseph hizo el viaje, cumplió con ese gesto ritual y le llevó al analista una réplica blanca de esta piedra para "tirarla en" la sesión, cumpliendo el mismo gesto ritual en el marco del análisis.

Después de que Joseph le hubo ilustrado así el teorema del asesinato de la cosa por el principio del signifiante y de la puesta en marcha del tiempo, el analista le devolvió los álbumes familiares, que entonces ya eran imágenes del pasado y no del presente.

Así, traumatismo, ciencia, locura y poesía abren un campo de investigación donde no sería raro encontrarlos sustituidos por rituales, que bien se pueden inventar, como escribe Wittgenstein, si es que no hay uno a disposición. Lacan habla abiertamente de este campo:

Este famoso campo, al cual [las leyes humanas] no podrían desbordar ni en un punto: ¿cuál es? Se nos dice que allí se sitúan las leyes no escritas, la voluntad o mejor aun la *Dike* de

* En francés, el nombre del hermano mayor es homónimo de *pierre*, "piedra" [N. de la T.]

los dioses. [...] No olvidemos que desde hace ya tiempo estamos bajo la ley cristiana y para volver a encontrar qué son los dioses tenemos que hacer etnografía. [...] En otros términos, ese campo ya no nos es accesible más que desde el punto de vista exterior, de la ciencia, de la objetivación, pues no forma parte, para nosotros los cristianos, formados por el cristianismo, del texto en el que efectivamente se plantea la pregunta. Nosotros los cristianos hemos barrido ese campo de los dioses y aquello de lo que aquí se trata es precisamente, a la luz del psicoanálisis, de qué colocamos en su lugar. ¿Qué límite queda en este campo? Límite que sin duda estaba ahí desde siempre, pero que es el único que queda indudablemente y marca sus aristas en ese campo desierto, para nosotros, los cristianos. Esta es la pregunta que oso plantear aquí.²²

"Inferno",²³ aparición del Otro real

Pero antes de esos entrecruzamientos, hijos de la transferencia y no "hijos de mi silencio",²⁴ nos vemos llevados una y otra vez, y con violencia, al punto de partida, al punto donde el

²² J. Lacan, *Le Séminaire, livre VII. L'Éthique de la psychanalyse*, op. cit., p. 301. Observemos que la *dike* de los dioses, la justicia divina, se relaciona en griego con la raíz del verbo "mostrar" (*deiknymi*), y también con la del verbo "decir" en latín (*dicere*).

²³ A. Strindberg, *Inferno*, París, Mercure de France, 1966 [trad. esp.: *Inferno*, trad. de M. Fernández Alonso de Armiño, Madrid, Valdemar, 2001]. Esta obra autobiográfica, escrita directamente en francés en 1897, apareció primero en sueco en el otoño de 1897, después en francés en 1898. Cuenta la locura de Strindberg en París, entre el jardín del Luxemburgo y la calle de Assas, en un lugar que linda con la Maison des sciences de l'homme.

²⁴ P. Valéry, "Les Pas", en *Charmes*, en *Œuvres complètes*, vol. 1, París, Gallimard, col. "Bibliothèque de la Pléiade", 1962 [trad. esp.: *Poemas*, trad. de C. R. de Dampierre, Madrid, Visor, 1994].

tiempo está detenido. Nada cambia, nada cambió, nada puede cambiar. Es siempre lo mismo, ningún progreso. La cantinela:

Estoy exactamente en el mismo punto que cuando lo vine a ver a usted. O peor. Voy a retomar mis medicamentos. Por otra parte ya vi a un médico que me los prescribió y me explicó que, en mi caso, nuestras conversaciones no sirven para nada. Si es que no llevan a un agravamiento. Yo mismo lo leí en el diario. Seguro que es médico el problema. ¿Es una enfermedad, sí o no? Seguramente genética. Es de familia, y mis hijos ya presentan signos. ¡Responda!

Ésa es la marca más visible de la detención del tiempo, y de la entrada en el infierno de la desesperanza. Como Dante en el umbral del Infierno,²⁵ el analista abandona todas sus ilusiones y desea, más o menos secretamente, la detención de una vez por todas de ese discurso y de esas citas: ¡ojalá que ese paciente sea lo bastante lógico consigo mismo como para cortar ahí! Después de todo, quizás su caso no sea para el psicoanálisis. Seguramente los psiquiatras algunas veces tienen razón.

De argumento biológico en argumento psicoanalítico, el analista se fuga lejos de la *proximidad* que hemos descrito. Pero a veces el terapeuta llega a *huir hasta de la necesidad de huir*.²⁶ [llega] *al pie del muro del tiempo*. La paradoja basta para que de pronto se eche atrás. Percibe bruscamente que allí

²⁵ Dante Alighieri, "L'Enfer", en *La Divine Comédie*, trad. fr. de A. Masson, París, Le Club français du livre, 1954, canto III, v. 9: "Lasciate ogni speranza voi ch'entrate!" ("Vosotros que entráis aquí, abandonad toda esperanza") [trad. esp.: *La divina comedia*, trad. de A. J. Milano, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 2002].

²⁶ J. Guimarães Rosa, *Diadorim*, trad. fr. de M. Lapouge-Pettorelli, París, Albin Michel, 1991 [trad. esp.: *Gran Sertón: Veredas*, trad. de A. Crespo, Barcelona, Seix Barral, 1983].

donde está ahora con este paciente el tiempo no funciona como antes. Los relojes se detuvieron. Incluso para hacer volver para atrás las agujas. "¿Dónde estaba usted antes de su nacimiento? ¿Qué cara tenía usted antes incluso de que sus padres hubieran nacido?"²⁷ pregunta a propósito el Zen. ¿Dónde estamos cuando el tiempo se detiene? ¿Dónde estamos?

La tentación, como siempre, es recurrir a la explicación puramente causalista: "Es una recaída. Estaba escrito, su enfermedad volvió a presentarse. La calma no podía durar. El problema es esencial, endógeno y tiene que ver con la estructura".

Pero una vez más se echa atrás. Un poco más de causalidad, decididamente eso ayuda en momentos así. Como psicoanalista que es, hurga en el pasado y primero encuentra con qué justificar las catástrofes presentes por los traumatismos de antaño, para luego analizarlos mejor, piensa con una pequeña esperanza. Inútil. Como una mula, el paciente se resiste a avanzar.

La fábula muestra también aquí que, de los dos, el verdadero burro no es el que uno piensa. Con el bonete de ignorante en la cabeza, el analista no puede más; para su oprobio público, está en la picota. Todo sucede como si el análisis se convirtiera en un lugar de suplicio para reducir a la nada a uno o a otro, incluso a uno y a otro de la pareja terapéutica, de ahí que uno oiga decir que el psicoanálisis hace descompensar a los enfermos, que el psi está más loco que el loco, etcétera.

En esta confusión, o bien el analista se empequeñece bajo el menosprecio y la mirada inquisidora de su paciente, que revela a los médicos y a la opinión pública, o bien se metamorfosea —a su pesar— en un monstruo capaz de matar, puesto que el suicidio le es arrojado en la cara como consecuencia de su

²⁷ T. Izutsu, *Le Kōan Zen*, trad. fr. de G. Regnier, París, Fayard, 1978, p. 113 [trad. esp.: *El Kōan Zen*, trad. de Juan Atienza García, Madrid, Eyra, 1980].

irresponsabilidad. Pues el tiempo suspendido puede muy bien degenerar en tiempo de suicidio, y no es raro que el abismo se abra sin avisar, después de un tiempo de primera *proximidad*, donde el simple hecho de hablar había producido lo "mejor" y había permitido esperar.

Nacida del choque con lo Real, la inmediatez significa una ruptura en la muerte lenta de la cronicidad, pero también en la continuidad de los primeros progresos. Rebelión feroz contra toda interpretación analítica que ubique el pasado como causa. No, no se trataba de *había una vez*. El analista tropieza contra *Cómo es*.²⁸ No había *una vez*, y ya no volverá a haberla.

—Entonces, ¿qué es?

—La Cosa. Nada. "Eso que en la vida puede preferir la muerte."²⁹ alguna Cosa.

Asumamos el *kitsch* del Segundo Imperio para escuchar al especialista:

Nada. No soy nada, no veo nada, no sé nada.

En vano interrogo, en mi ardiente vigilia...

¡A mí, Satán, a mí!

canta el doctor Fausto,³⁰ que ya descendió de toda metafísica goethiana hasta el colmo de la depresión, justo antes de tomar el veneno. En la actualidad, tomaría sus gotas, quizás aumentando la dosis... Mefistófeles por suerte está al tanto: "¡Heme aquí!".

²⁸ S. Beckett, *Comment c'est*, París, Minuit, 1961 [trad. esp.: *Cómo es*, trad. de A. M. Moix, Barcelona, Debate, 1991].

²⁹ J. Lacan, *Le Séminaire, livre VII. L'Éthique de la psychanalyse*, op. cit., p. 24.

³⁰ C. Gounod, *Fausto*, ópera, 1859, I, 1; libreto de J. Barbier y M. Carré, a partir de Goethe.

La soledad faustiana es la presencia en la Cosa, en el agotamiento del tiempo. La Cosa es exactamente lo que no termina de podrirse, de no morir. Pero el Diablo, que se propone allí menuda fiesta y que rompe ese peligroso cara a cara, no tiene nada de ángel guardián empático. No puede sino prometer la otra cara seductora de la Cosa: la Belleza momificada de la eterna juventud.³¹

De allí que la aparición en las sesiones del otro real, de un otro sin alteridad del cual uno sólo puede volverse la cosa, en nuestra experiencia pudo tomar formas que hubiéramos querido ahorrarnos. Pues apenas lo reconocimos ya estaba sentado en nuestro lugar, como nos decía Martin Cooperman en el Austen Riggs Center. Esta instancia constituye un punto de pasaje obligado práctico y teórico: es el abecé del psicoanálisis de la locura.

En esos momentos de inmediatez nos puede acosar, bajo el nombre de Menguele, esa hija de madre deportada; o Stalin en persona, a través de ese hijo de *apparatchik*. Se nos puede acusar de ser la Medicina incompetente responsable de la muerte del hermano de Joseph, o la Desgracia genética para Ernest, o la encarnación de la Vergüenza de Italia para Gilda, o de Francia para Auguste, o sobrevivientes o descendientes de las guerras coloniales y de la Colaboración. Las mayúsculas subrayan aquí que las abstracciones no dan muestras de un razonamiento causalista inadecuado. "Tienen una personalidad", dice Bion. Eran incluso personajes del teatro medieval, "que encarnaban una parte viva del discurso y que juntos terminan por hacer un todo coherente".³² Exactamente como William Rivers

³¹ J. Lacan, *Le Séminaire, livre VII. L'Éthique de la psychanalyse*, op. cit. p. 160.

³² H. Rey-Flaud, *Pour une dramaturgie du Moyen Âge*, París, PUF, 1980, p. 102; W. R. Bion, *Éléments de psychanalyse*, París, PUF, 1979, p. 22 [trad.

veía a su paciente desquiciado por la Culpabilidad de Inglaterra.³³ ¿Cómo podría haberse sustraído el propio Rivers?

"Una intimación de ultratumba"³⁴

La única manera de detener la repetición de una violencia como esa consiste para el analista en reconocer, a pesar suyo, que el monstruo ha ocupado su lugar (en el tiempo que lleva nombrarlo, desprenderse de él y conjurarlo). La experiencia vuelve a ser la de una caída del tiempo en la inmediatez, pero en este caso recae sobre el analista. Ocasión que no hay que desperdiciar para emprender en su lugar el combate contra los fantasmas del más allá. Interpretar como proyección del paciente lo que afecta realmente al analista, como si de su lado no hubiera pasado nada, refugiarse en el silencio, la procastinación, la neutralidad y la evitación equivale a escamotear este encuentro y su potencialidad terapéutica.

Ahora bien, la identificación del monstruo que ronda al analista constituye una condición previa de toda puesta en marcha del tiempo. En cualquier cultura, esta dinámica adopta formas ceremoniales. Así, la muerte del Muñeco de Carnaval preludia el retorno de la savia. Las máscaras que encarnan el retorno de los muertos invaden brutalmente la vida cotidiana

esp.: *Elementos de psicoanálisis*, trad. de H. B. Fernández, Buenos Aires, Hormé y Paidós, 1988]; F. Davoine, *Mère Folle*, Estrasburgo, Arcanes, 1998 [trad. esp.: *Madre loca*, México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001].

³³ P. Barker, *The Ghost Road*, Nueva York, Penguin Books, 1995, p. 226.

³⁴ W. Faulkner, *Absalom! Absalom!*, trad. fr. de R. N. Raimbault, París, Gallimard, 1953, p. 10 [trad. esp.: *Absalón, Absalón!*, trad. de B. F. Nelson, Buenos Aires, Emecé, 1965]: "Singular invitación, rigurosa en las formas, que era en realidad una intimación proveniente casi de otro mundo".

para reactivar el curso del tiempo, el deseo y la renovación.³⁵ En su consultorio, el analista reviste con mayor frecuencia de la que quisiera la máscara de un alma errante, sobre todo cuando no se lo espera. De la misma manera, identificar al Otro real que retorna así asegura volver a poner en marcha un tiempo inmovilizado, congelado.

En esos momentos críticos del análisis, en efecto, los muertos vivos invaden la escena con la fuerza de la deflagración que hizo desaparecer hasta su nombre. Un borramiento tal no es privilegio de los totalitarismos del siglo xx. Puede también efectuarse en la escala de una familia, de una comunidad, en la banalidad de lo cotidiano. Los totalitarismos, por su parte, explotan la erosión del pasado para mantener la mentira de un mundo de cartón pintado, fundado sobre lo arbitrario y la traición. En ese caso, cuando la traición no tiene otro fin que perpetuarse, otro personaje, la Violencia,³⁶ se desencadena, ciega, *berserk*.³⁷

Esta palabra del nórdico antiguo –piel desnuda, *bare skin*, *bare shirt*– designa el efecto físico que se apodera del que sale al encuentro del enemigo sin casco ni coraza. Mitad dios, mitad animal, rompió el pacto del lenguaje con los humanos como consecuencia de la traición de los suyos. Como ya está muerto no pertenece al mundo de los vivos y puede cometer atrocidades. Los totalitarismos adoptan ese trance asesino.

³⁵ D. Fabre, *Le Carnaval ou la Fête à l'envers*, París, Gallimard, col. "Découvertes", 1992, y P. Zumthor, *Le Masque et la lumière. La poétique des grands rhétoriciens*, París, Seuil, 1978, p. 125.

³⁶ D. Pécaut, *L'Ordre et la violence. Évolution sociopolitique de la Colombie entre 1930 et 1953*, París, EHESS, 1987 [trad. esp.: *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, trad. de A. Valencia Gutiérrez, Bogotá, Norma, 2001].

³⁷ J. Shay, *Achilles in Vietnam. Combat Trauma and the Undoing of Character*, Nueva York, Touchstone Books, 1995, pp. 77 y ss.

Ahora bien, no es fácil engañar al diablo, para hacer negocios con él hay que ser prudente. Primero –ya lo dijimos–, y *en el acto*, el analista debe reconocer al Otro real que tomó su lugar, justo el que el paciente quisiera alcanzar suprimiéndose. Es por eso que el combate con el analista implica riesgos reales, para uno y para otro: el riesgo de someter a la prueba de la transferencia la violencia que arrojó pedazos de historia en el limbo de la no existencia, donde el consenso prefiere dejarlos.

Sin embargo, no todos los golpes están permitidos: en esta arena compleja, el analista se encuentra encarnando realmente a un adversario, pero al mismo tiempo debe ser garante de la seguridad de la maniobra. Prueba paradójica en que se experimenta el nacimiento de un tiempo que de otra manera es confiscado.

El Charivari³⁸ frente a la confiscación del tiempo

El agravamiento de la tasa de suicidios, tanto como el aumento de la violencia criminal, responde quizás a este tipo de confiscación del tiempo. El Charivari constituía la manifestación ruidosa, incluso violenta, pero ritualizada, de bandas de jóvenes. En algunas circunstancias, por ejemplo, en el casamiento de un vejestorio con una jovencita, los jóvenes reclamaban a gritos, golpeando cacerolas delante de su puerta, una compensación por la joven que les era arrebatada. Era una manera de reafirmar las leyes de la alianza, allí donde la confusión de generaciones constituía una amenaza.

³⁸ C. Ginzburg, "Charivari, associations juvéniles, chasses sauvages", en Le Goff y J.-C. Schmitt (dirs.), *Le Charivari*, París, Mouton y EHESS, 1981, p. 131; H. Rey-Flaud, *Le Charivari. Les rituels fondamentaux de la sexualité*, París, Payot, 1985, p. 129.

Así se le daba socialmente un lugar al enojo. De hecho, durante el tiempo del ritual y de las mascaradas encarnaban la irrupción del ejército de los jóvenes muertos en combate, que gritaban venganza y exigían reparación. Si se negaba a pagar, el viejo a cuya puerta era llevado el Charivari con un refuerzo importante de batería de cocina e instrumentos disonantes era colgado al revés sobre un asno y llevado, como objeto de burla, a través de los pueblos. Esta costumbre estaba todavía en vigor en los Alpes antes de la última guerra. Pero también puede terminar en una caza de hombres, como lo muestra la película *Escenas de caza en la baja Baviera*,³⁹ en la que la juventud es confiscada a su vez para servir a un linchamiento.

Pues las tiranías extienden sin escrúpulos su dominio de la juventud a una juventud momificada en la impostura de la muerte suspendida. Hoy en día condicionan a los niños y adolescentes que están pegados a la pantalla con imágenes de crímenes, virtuales o reales, que los insensibilizan.⁴⁰ Como se sabe, los campos profesionales de entrenamiento para el acto de matar utilizan exactamente las mismas técnicas que algunos videojuegos. Así, el retorno en lo Real de pasajes al acto criminales cuestiona en primer lugar la negación de nuestras sociedades frente a la muerte y al acto de matar.

En cuanto al psicoanálisis, que desde hace cien años trabaja para levantar las represiones de Eros, el deseo, en la actualidad, bien que le pese, se ve obligado a afrontar directamente los efectos de la banalización de Táñatos. Vemos cómo las masacres en directo invaden las películas de ficción y los noticieros en el mismo nivel. Los pacientes que aquí citamos

³⁹ P. Fleischmann, *Escenas de caza en la baja Baviera [Jagdszenen aus Niederbayern]*, película, 1968.

⁴⁰ D. Grossman, *On Killing, The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, Nueva York, Back Bay Books, 1995.

insisten para que esta cuestión crucial sea planteada, y sobre todo al psicoanálisis. Sus síntomas llevan a cabo un verdadero *charivari*, hasta que encuentran un analista para poder diferenciar entre fantasías y lo Real.

EL COMBATE CONTRA LOS FANTASMAS

*Satori.*⁴¹ *Un peligro omnipresente*

Jacques llegó a la analista traído por un compañero de karate. Su violencia se volvía incontrolable; maltrataba a su novia, se peleaba en el trabajo, acababa de ser despedido una vez más y hablaba de matar. En karate, se mostraba completamente *berserk*.

Apenas había entrado al consultorio, bastante achispado, sin afeitarse, seductor y provocativo, y ya se preguntaba visiblemente qué podía querer de él esa mujer, la analista. No quiso sentarse e inspeccionó todos los rincones de la habitación. Enseguida ella le contó una breve historia de artes marciales, ordenándole que se sentara para escuchar esta historia de inmediatez.

—¿Conoce usted la historia del Satori? Es un monstruo invisible, que surge de los cuatro rincones del horizonte, capaz de adivinar todos los pensamientos de aquel al que persigue. Un día ataca a un leñador, ocupado en tirar abajo un árbol con el hacha. "Tu última hora ha llegado", dice el Satori. El leñador imagina enseguida varias estrategias que el monstruo anticipa al instante, y enuncia en el acto lo que secretamente se cruzó por la mente del hombre. Cansado de luchar, el leñador se prepara para morir y le pide solamente terminar el trabajo que empezó.

⁴¹ Esta leyenda japonesa evoca el nombre de la iluminación, del despertar.

Levanta el hacha. La casualidad quiere que se desprenda del mango y mate a Satori, fuera de toda premeditación.

La analista inventa entonces una moraleja de la historia: de acuerdo con matar *aquí* los monstruos, pero no en el *afuera* a la gente viva.

Jacques la había escuchado distraído, con la mirada flotando alrededor de la pieza. De pronto, le clavó los ojos: eso ya lo sabía. Su padre había muerto cuando él tenía 7 años. Jacques nunca soportó al padrastro alcohólico que le había apuntado varias veces con su carabina. Fue el único de sus hermanos y hermanas que fue enviado muy temprano a internados y correccionales donde creció, vivo retrato de su padre, vivo remordimiento para su madre cada vez que él volvía a su casa. Ese año había alcanzado la edad en que su padre había muerto. Por eso ya no había más vida posible para él. Algo debía pasar, porque si no...

Se levantó nuevamente muy agitado. Era necesario responderle otra vez muy rápido. La analista mencionó el hospital, el dispensario. Él replicó que estaba harto de la Seguridad Social. Había estado siempre en manos de trabajadores sociales y educadores. Entonces, dijo ella, lo recibiría aquí, en su consultorio, una vez por semana, con la condición de que él dejara de beber.

—¡Ni hablar! No me venga con moralinas.

La analista le ordenó, sin embargo, que le trajera las botellas y que consiguiera un trabajo para pagarle.

—Esas manos que yo veo —agregó— me parecen bastante fuertes como para ponerlas a trabajar de nuevo.

La analista siguió hablando, para calmarlo, con una autoridad que le sorprendió a ella misma. Su voz adquiría el giro de un lenguaje que creía perdido en ella. Más exactamente, era el tono que usaba su abuela en el campo, cuando se dirigía a jóvenes como él, a quienes siempre les daba algún trabajo para

hacer, como si recogiera gatos abandonados. Ella decía que eso le recordaba el tiempo de la guerra.

Hoy la analista piensa que su abuelo, cuando volvió en 1918 después de haber sido camillero en el Chemin des Dames, así como esos soldados de ambas guerras, estadounidenses o canadienses apostados cerca de su casa, en el Este, debían haber familiarizado a su abuela con esos jóvenes *fantasmales*.⁴² Ese abuelo formaba parte de la banda de música, y *entonces*,⁴³ decía, se había vuelto camillero durante la guerra de 1914.

Esta conjunción fue siempre un misterio hasta la lectura de O'Connell, psiquiatra irlandés movilizado durante la guerra de las Malvinas y responsable de las "pérdidas psíquicas". En la indigencia habitual de los recursos propiamente psiquiátricos, descubre que un rol psicoterapéutico esencial para la moral de las tropas era tradicionalmente el de la música, en este caso, la de la Royal Navy Band, a la cual le rinde homenaje, como a su único apoyo:

Al final de nuestro "crucero", ese grupo de hombres había asumido unas 37 tareas diferentes, desde la función de camilleros para llevar pacientes heridos bajo la metralla (su papel efectivo en tiempos de guerra) hasta el maravilloso concierto del domingo a la tarde, que se transformó en un rasgo esencial de la vida a bordo del navío *Canberra*.

Ellos cumplían, "entonces", la tarea de camillero, su papel en tiempos de guerra, que Wittgenstein decidió asumir, voluntariamente, en el Saint Guy's Hospital de Londres durante la Se-

⁴² R. Ducharme, *Les Enfants*, Saint-Laurent y París, Lacombe y Gallimard, 1976.

⁴³ M. R. O'Connell, "The Falklands Experience, 1982", en *Combat Psychiatry*, Royal Naval Hospital Haslar, marzo de 1985.

gunda Guerra Mundial, fiel a su experiencia del frente durante la Primera. Quizás es así, en la escala de la microhistoria, como se aprende a ser psicoanalista: bajo la égida de un antepasado "músicoterapeuta".

Hay que volver en efecto a la perspectiva de la microhistoria, como Sabina Loriga en su libro *Soldats*, para invertir el punto de vista foucaultiano, puramente represivo y negativo respecto del poder. Orientando la perspectiva de abajo hacia arriba, y describiendo la fuerza de los lazos horizontales, es posible reconsiderar preconceptos que progresivamente nublaron nuestra mirada. Solamente entonces se puede "forzar el silencio burocrático y hacer oír algunas voces furtivas que rompen el anonimato". Por ejemplo, la del médico Pierre Buret (1655-1747), quien en el ejército piemontés, como O'Connell en la Royal Navy, esperaba vencer con la música los "ataques de aflicción" que se apoderaban de los soldados y a veces "de batallones enteros".⁴⁴

La analista continuó hablando a Jacques con un tono que en ese momento le hubiera dado vergüenza emplear en París: demasiado fuerte, demasiados gestos, demasiadas imágenes concretas, una sintaxis dialectal, palabras crudas, proverbios, una mezcla de burla y de respeto, una suerte de desafío para acoger lo extraño, después de un silencio de observación.

La semana siguiente él no fue a su cita. Un poco más tarde, la analista recibió un llamado telefónico furioso: había venido y había encontrado la puerta cerrada. ¿La analista también le había cerrado la puerta en la nariz? Ella, en su fuero interior, se puso a dudar: ¿había olvidado la cita, encarnando una vez más

⁴⁴ S. Loriga, *Soldats. Un laboratoire disciplinaire: l'armée piémontaise au XVIII^e siècle*, París, Menthis, 1991, p. 23.

lo arbitrario? Cuando lo verificó, descubrió que Jacques se había equivocado de día. El paciente protestó. Algo no se correspondía en las respectivas medidas de tiempo. La analista le dijo entonces que fuera inmediatamente y Jacques llegó en un estado peor que el de la primera vez. Se puso loco y pensaba en matarse, ¿quizás debía ser internado?

Ella le preguntó a qué hora había encontrado la "puerta cerrada": había venido a la hora establecida, pero *la víspera* del día convenido. En ese momento preciso, la analista estaba trabajando justamente en el hospital psiquiátrico. Utilizando esta coincidencia, le dio inmediatamente la forma de una historia a su encuentro fallido, como si ésta hubiera tenido lugar en otro nivel de realidad. Vamos a ver cómo.

La "simultaneidad potencial" según Schrödinger

Para comprender el mecanismo de la transformación de dos temporalidades heterogéneas yuxtapuestas en una simultaneidad potencial, escuchemos atentamente, aunque sea con nuestros modestos recursos, al físico Erwin Schrödinger cuando se pone él también a nuestra altura para explicarnos cómo le habla al Tiempo. Después de haber mostrado la manera de construir una región de simultaneidad potencial entre acontecimientos que están en una relación de no interferencia mutua, por lo tanto, sin un vínculo de causa-efecto, Schrödinger explica cómo es siempre posible adoptar una referencia espacio-temporal convencional, que torna simultáneos estos acontecimientos.

Sucede que estas cosas se han vuelto una realidad muy concreta para nosotros los físicos: las utilizamos cotidianamente, de la misma manera que utilizamos las tablas de multiplicar o

el teorema de Pitágoras sobre los triángulos rectángulos. A veces me pregunto por qué han provocado tal agitación en el público en general y entre los filósofos. Supongo que es porque significan la destitución del tiempo como tirano inflexible que nos es impuesto desde afuera, una liberación de la regla inalterable de "el antes y el después". En efecto, el tiempo es nuestro amo más severo, en cuanto restringe ostensiblemente la existencia de cada uno de nosotros en el interior de estrechos límites (setenta u ochenta años, como lo afirma el Pentateuco). El hecho de que nos sea permitido jugar con un programa como éste impuesto desde arriba, que hasta ahora creíamos inatacable, el hecho de que podamos jugar con él, aunque sea en una débil medida, parece ser un gran alivio; esto parece animar la idea según la cual la totalidad de lo "horario" no es probablemente tan seria como parece a primera vista.⁴⁵

Así pues, la analista estaba construyendo una región de simultaneidad potencial como ésa, con la idea de ligar dos acontecimientos que no presentaban ninguna relación de causa-efecto.

—Usted llegó justo a tiempo para *traerme la cosa* que lo ronda, para que yo pudiera encerrarla en los límites del asilo en que me encontraba cuando usted volvió aquí. Esta cosa, que está más allá del bien y del mal, debe ser encerrada en un lugar seguro. Si se trata del alma en pena de su padre, como suele decirse, trabajaremos para que pueda encontrar reposo.

En ese momento, el paciente dejó estallar el odio contra su padrastro, que no podía "ni verlo": Jacques se parecía demasiado a su padre. Mencionó también un acto enigmático que lo había sobrecogido de adolescente, cuando estaba en el inter-

⁴⁵ E. Schrödinger, *L'Esprit et la matière*, op. cit., pp. 221 y ss.

nado. Se había lanzado como un animal de presa sobre una niña de 12 años que atravesaba el patio. Sus compañeros lo retuvieron para que no la matara. La niña no era linda y cuando él la había asaltado parecía triste, desesperada, como una viejita, con la cabeza gacha. Jacques se acordaba de su nombre: Valentine.

—Naturalmente —concluyó—, usted puede hablarme si quiere de sexualidad reprimida, pero no, gracias, siempre anduvo todo bien por ese lado. Le diré, la chica se parecía a la miseria del mundo, y eso es lo que yo quería matar.

La analista le pidió que le hablara de sus propios abuelos. "Todos borrachos", respondió, confesando que, en realidad, no sabía nada de las generaciones anteriores. Ella le rogó que averiguara. Según parece, descendía de hábiles obreros, de herradores, no más borrachos que cualquiera, cuyo oficio desapareció en la época de la guerra. Sus familias tampoco habían logrado subsistir. Su padre, sin embargo, tomó la posta, y estaba en pleno ascenso social cuando un cáncer de cerebro se lo llevó. Entonces volvieron las dificultades.

Varios años más tarde, su moto lo llevó por sí sola al pueblo de su padrastro, que vivía desde hacía mucho tiempo separado de su madre. Lo encontró a punto de morir de cirrosis en un hospital. No se habían vuelto a ver desde hacía unos 15 años, y pudieron decirse adiós, apretándose la mano, el adiós que el padre de Jacques no había podido recibir de ese hijo. En la actualidad, Jacques es padre de familia y está construyendo su casa.

En el ínterin, la primera crisis volvió varias veces, mientras hubo palabras e imágenes para ponerles a las tradiciones desaparecidas, a las voces perdidas que se habían callado también en la historia de la analista. Rebelde ante cualquier razón, Jacques luchaba para entrar en el tiempo. No se entra en el tiempo sin una crisis.

Aquí y ahora: una interpretación en busca de sujeto a interpretar

Se habrá comprendido que el pasaje al acto era inminente: matar la miseria del mundo es un enunciado objetivo, que no conoce el tiempo y cuyo sujeto está todavía por nacer. En esas condiciones, una proposición en suspenso como esa no puede sino ser mostrada. Para producir la definición ostensiva, las cosas o los actos hablan en lugar de las personas. Wittgenstein explicaría: no se elige la boca que dice "hay que terminar con la miseria del mundo". Él considera que tales ocurrencias son interpretaciones sin sujeto. "Las interpretaciones flotan en el aire con lo que ellas interpretan, pero en ningún caso constituyen su soporte. Las interpretaciones por sí mismas no determinan ninguna significación".⁴⁶ Aquí también Bion hablaría de *pensamiento sin pensador*.⁴⁷

Entramos aquí en la desmesura,⁴⁸ que ni las mismas reglas de un arte marcial consiguen contener. Empujada por la traición de los suyos que la excluían del hogar familiar, la enunciación comienza enérgicamente su recorrido en busca de un sujeto para interpretar. Esta búsqueda tiene para nosotros exactamente la extensión de la transferencia.

Cuando la violencia se instala al comienzo y en el transcurso del trabajo analítico, analista y paciente se encuentran inmediatamente objetivados, se vuelven la cosa, con una pér-

⁴⁶ L. Wittgenstein, *Investigations philosophiques*, trad. fr. de P. Klossowski, París, Gallimard, 1961, p. 198 [trad. esp.: *Investigaciones filosóficas*, trad. de A. García Suárez y U. Moulines, Barcelona, Crítica, 2008].

⁴⁷ W. R. Bion, *A Memoir of the Future*, libro 1: *The Dream*, Londres, Karnac Books, 1991, p. 176 [trad. esp.: *Memorias del futuro*, trad. de M. Méndez Casariego et al., Madrid, Julián Yébenes, 1995].

⁴⁸ J.-M. Gaudillière, "Mesures pour mesures", en *Epochè: la démesure*, núm. 5, Grenoble, J. Millon, 1995, pp. 15 y ss.

dida total de referencias. La fascinación puede incluso instalarse frente al *misfit* y al forajido. Entonces es importante hablar rápido, aquí y ahora.

Pero ¿qué aquí y qué ahora? El de la causa de la desgracia inmemorial que desencadena la catástrofe y que el analista, en el transcurso del trabajo, no dejará de encarnar. Hasta la tentación de abandonar y de pasar el relevo al farmacólogo. Pero allí donde hay peligro de muerte, hay urgencia de supervivencia. Y si la locura se esfuerza tanto en atraer a su analista y en ponerlo en aprietos, ello se debe a que la supervivencia del sujeto implica la travesía por un mundo que no se parece a nada, por una pasta informe y pegajosa, por sesiones que tampoco se parecen mucho a algo, pero que ocultan una especie de *atractor extraño*.⁴⁹

En efecto, aunque el analista consigue, mal o bien, mantener el marco de la experiencia, igual está atraído hacia ese fuera del tiempo que cesó de pasar, en ese espacio no limitado, donde se precipitan las coincidencias. En general, éstas son el objeto favorito de las interpretaciones delirantes, a las que de todos modos un analista no debería ceder; eso es al menos lo que en principio piensa prudentemente el clínico. Pero hay que conceder que el campo del análisis se vuelve entonces un terreno favorable al azar.

Si por casualidad el analista se deja llevar a ese espacio extraño y emplea los *ready made* que se encuentren a su alcance, puede vincularse surrealísticamente. Pensamos aquí en Marcel Duchamp en su búsqueda de los *ready made*: "Al proyectar inscribir un *ready made* para un momento venidero -tal

⁴⁹ I. Ekeland, *Le Calcul, l'imprévu. Les figures du temps de Kepler à Thom*, París, Seuil, 1984, pp. 64 y ss. [trad. esp.: *El cálculo, lo imprevisto. Las figuras del tiempo de Kepler a Thom*, trad. de F. Reséndiz, México, Fondo de Cultura Económica, 1988].

día, tal fecha, tal minuto—, el *ready made* podrá luego ser buscado en cualquier momento. Lo importante entonces es ese “relojerismo”, ese efecto instantáneo, como un discurso pronunciado con cualquier motivo pero a una hora precisa. Es una suerte de cita”.⁵⁰

Entonces comienza a tramarse el nacimiento de una forma, una morfogénesis, en el límite de lo innombrable, que permite enseguida inaugurar un juego de lenguaje allí donde era imposible. En el caso de Jacques, el *ready made* consistió en una vieja manera de hablar en proverbios y con imágenes concretas que ya no son de uso corriente en París.

Los arranques violentos de Jacques, por ejemplo, revelan la destrucción de las funciones simbólicas de la alianza y la confianza, que provocan catástrofes. Estas formas antiguas de expresión, en desuso desde que la gente habla a través de la televisión, demuestran su eficacia simbólica únicamente al ser empleadas en la transferencia. Estigmatizadas como supervivencias obsoletas y un poco ridículas, o momificadas en los festivales folclóricos, estas formas hicieron revivir viejos acentos y relacionar entre sí a dos campesinos perdidos en la gran ciudad, que nunca hubieran debido encontrarse. Pues, la verdad, Jacques no estaba programado para un psicoanálisis.

Pero, como se sabe, a la espera de la aparición de los síntomas, todo parece ir muy bien en las familias. Salvo para *uno* que pasa por tener el encéfalo trastornado. Al borde del pasaje al acto, ya no tiene *yo*, como dice él, no tiene personalidad y

⁵⁰ M. Duchamp, *Duchamp du signe. Écrits*, París, Flammarion, 1975, pp. 48 y 49 [trad. esp.: *Escritos. Duchamp du Signe*, trad. de J. Elías, Barcelona, Gustavo Gili, 1978], e *Ingénieur du temps perdu. Entretiens avec Pierre Cabanne*, París, Belfond, 1967 [trad. esp.: P. Cabanne, *Conversaciones con Marcel Duchamp*, trad. de J. Marfà Puig, Barcelona, Anagrama, 1984].

puede volverse un peligro para sí mismo y para los demás. Aunque es frágil, también está habitado por un odio sólido, hasta el punto de ir en contra de las mejores intenciones y de provocar respecto de sí mismo las más grandes brutalidades. Eventualmente, el analista podrá aceptar el desafío, si reconoce primero haber sido tocado como un blanco.

La locura aparece entonces como la investigación de una temporalidad arrancada a la historia a través de las modalidades de la transferencia, que adquiere a veces el aspecto de un *agón*, de un combate. Esta palabra griega indica la acción entre protagonistas y antagonistas de las tragedias griegas, ceremonias catárticas para la ciudad, a las cuales los ciudadanos estaban obligados a asistir. En el análisis, el verdadero objetivo es a menudo el combate contra los fantasmas. Las culturas de sociedades de guerreros le han dado diversas formas, entre las cuales, por ejemplo, está el teatro *noh* en Japón.

Fantasmas de todo el mundo, uníos!

El *noh*, escribe René Sieffert⁵¹ —el traductor de este teatro tradicional japonés (unos tres mil libretos repartidos entre “*noh* de apariciones” y “*noh* del mundo real”)—, se remonta a la alta Edad Media, pero continúa apasionando a nuestros contemporáneos. Fue teorizado en el siglo xv por Zeami,⁵² autor de tratados y de libretos de *noh*, actor y director. En los *noh* llamados de apariciones

⁵¹ *Nô et kyôgen, printemps été. Théâtre du Moyen Âge*, trad. fr. y presentación de R. Sieffert, París, Publications Orientalistes de France, 1979.

⁵² Zeami, *La Tradition secrète du nô*, trad. fr. y comentarios de R. Sieffert, París, Gallimard, 1960 [trad. esp.: *La tradición secreta del Nô*, trad. de María del Pilar Ortiz Lovillo, México, Escenología, 1999].

aparecen dioses, demonios o espectros de seres humanos que se presentan por lo general a un peregrino; de éste se especifica que es en su sueño donde percibe al héroe o a la heroína de un tiempo pasado. [...] Mediante un procedimiento literalmente psicoanalítico, esos fantasmas vuelven concretas las múltiples pasiones, como la del paroxismo de furia de guerreros muertos en combate.⁵³

El estado de *berserk* en que los muertos asedian a los vivos, pues, resultaba familiar también en el mundo de los samuráis, así como en los mundos en guerra de la actualidad.

Cuando la eternidad del tiempo sin sujeto se precipita al lugar mismo en que se encuentra el analista y el combate se entabla contra los demonios, el campo del análisis encuentra una constante en todas las culturas y en todos los tiempos. Un espacio de lo sagrado se ve delimitado. Para abordar esos lugares y esas prácticas obligadas en tiempo de catástrofe, Wittgenstein creó el término de hombre ceremonial.⁵⁴ Esta noción es explicitada por la novelista Pat Barker, a partir de las notas y de la correspondencia del antropólogo, neurólogo y psicoanalista William Rivers. En la última página de su trilogía, *Njiru*, el informante de Rivers en las islas Salomón, se le aparece en pleno Londres, en el hospital militar, y acude en su rescate cuando él, el médico, debe hacer frente a tantos jóvenes moribundos y muertos en combate.⁵⁵

Por eso nos sucede muy a menudo que contamos a nuestros pacientes las costumbres de otras culturas, en las que

⁵³ R. Sieffert, "Introduction", en *Nô et kyôgen...*, op. cit., pp. 13 y 21.

⁵⁴ L. Wittgenstein, *Remarques sur Le Rameau d'or de Frazer*, trad. fr. de Lacoste, París, L'Âge d'homme, 1982, p. 17 [trad. esp.: *Observaciones sobre la rama dorada de Frazer*, trad. de J. Sádaba Garay, Madrid, Tecnos, 2001].

⁵⁵ P. Barker, *The Ghost Road*, op. cit., p. 275.

hombre no es abandonado solo frente a los monstruos, como lo son nuestros niños delante de sus pantallas. Por ejemplo, esta vez la analista le cuenta una historia de noh a Tristan, el maestro artesano huérfano de hermana, que se asombra al ver despertar en análisis un *hecho durmiente* desde hacía cuarenta años (la escena del accidente en que su hermana muere delante de sus ojos). La analista se inspiró así en un arte japonés, contemporáneo de los maestros que, desde el siglo XVII, le habían transmitido también al paciente su saber hacer. La evocación de ese arte del entre-dos-mundos, de esa práctica del *Ma*, permitió construir y después cruzar el puente que llevaba a su *Bella durmiente del bosque*. Sin que él lo supiera, ella había frecuentado, omnipresente, sus creaciones y su existencia.

Algunas obras del teatro noh japonés, célebre por la belleza de sus máscaras de madera, constituyen un teatro ceremonial destinado a despertar hechos que duermen desde hace siglos, por ejemplo en la mentira, para testimoniar su verdad, frente a un público habitado por las mismas mentiras de la historia oficial. Este teatro se parece mucho a un psicoanálisis del traumatismo. El dispositivo es siempre el mismo: sobre un pequeño escenario, apenas más grande que el consultorio del analista, llega un peregrino, el *waki*,⁵⁶ el doble del que hablan Artaud y Schrödinger, en rumbo hacia algún destino. Al entrar en el escenario, tropieza con otro quídam, un personaje momentáneo ocupado en alguna tarea, jardinero o sirviente, por ejemplo. Le pregunta dónde se encuentra.

Este lugar no es un lugar cualquiera. Está marcado por un acontecimiento célebre: batalla, naufragio, masacre, cuyo recuerdo honra el jardinero. La escena está constituida por el entrecruzamiento de los sueños, *yume no shimata*, donde se

⁵⁶ Véase A. Artaud, *Le Théâtre et son double*, op. cit.

encuentran el peregrino y el personaje modesto, que es en realidad el que lleva a cabo la acción, el *shite*. Dirigiéndose a Tristan, la analista precisó lo más importante: el puente estrecho, la materialización del entre-dos que une con el otro lado, con la otra orilla que indica –tanto en Oriente como en Occidente– el más allá de nuestro mundo, el mundo de los muertos.

Cansado por su caminata, el peregrino se duerme en un rincón del escenario. Entonces, desde ese otro lado, sobre el puente avanza lentamente un personaje de otra época. El rostro cubierto ahora por la célebre máscara blanca, vestido con kimonos suntuosos del tiempo de su esplendor difunto, canta, por ejemplo, la epopeya de su linaje y su ruina.⁵⁷ En la escena, al ritmo de la percusión y de su voz extrañamente violenta, muestra y danza, en la temporalidad del sueño del otro, el crimen desleal que causó su muerte, o la ofensa invisible que lo deshonoró.

Sin dudar, ella agregó que, según su opinión, el analista es como el peregrino de un viaje inmóvil a lo largo de los encuentros con sus pacientes. Sobre el puente que une temporalidades heterogéneas, le presentan en la inmediatez, aquí y ahora, fantasmas ofendidos y furiosos por haber tenido que desaparecer de muerte violenta. Y comprometen al analista a acercarse a la peligrosa pasarela.

¿En qué condiciones él es capaz de este encuentro “en el entrecruzamiento de los sueños”? A veces, en efecto, le sucede soñar; a veces, ser transportado a una época pasada, en la que fue también un niño testigo de violencias encubiertas desde entonces, como las cenizas de la erupción de Pompeya, que engulleron la *Gradiva*.⁵⁸ El niño que habita en el analista va

⁵⁷ R. Sieffert, “Tomoé, la guerrière”, en *Nô et kyôgen...*, op. cit., pp. 66 y ss.

⁵⁸ W. Jensen, “Gradiva, fantaisie pompéienne”, en S. Freud, *Le Délire et les rêves dans la Gradiva de W. Jensen*, trad. fr. de P. Artex y R.-M. Zeitlin

entonces al rescate del niño desolado, inmovilizado en un pliegue del tiempo.

Tristan permaneció petrificado en el cruce donde su hermana explota bajo sus ojos. Ernest, Joseph esperaban con estupor el llamado de los hijos desaparecidos delante de ellos. Otros, como Gilda, se estacionan allí donde yacen jóvenes muertos en combate, allí donde son aniquilados pueblos, culturas, oficios. Como el *therapon* de la epopeya, el analista es puesto en movimiento por esa energía fuera de límite, encontrada al borde de lo Real.

En esa inmediatez, que corresponde a momentos muy precisos del trabajo analítico, se produce una inversión de lugares, rápida, instantánea, no preparada, no querida, que corta con el trabajo interpretativo habitual. En supervisión, los analistas se quejan, se excusan y vienen a quitarse el peso de un momento que, según la *doxa* oficial, “no era psicoanálisis, con toda seguridad”. Tanta turbación marca el encuentro precipitado, en el sentido químico del término, de un acontecimiento salido del tiempo. En ese caso, las supervisiones sirven menos para supervisar a analistas que no tienen ninguna necesidad de ese control que para acreditar un hallazgo: el de una inscripción convalidada a la vez al lado del paciente y en el diálogo con un colega. Esta doble instancia es de hecho la misma: la de la transmisión.

Quedémonos un momento más en Japón: el Zen formalizó esta paradoja temporal, donde los límites del antes, del después, del otro y del sí mismo se confunden en diálogos-desafíos llamados *mondôs*, donde el Visitador lanza un enigma a su

Paris, Gallimard, 1986 [trad. esp.: *El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen*, en *Obras completas*, t. IX, trad. de J. L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2000].

Anfitrión. Como ya vimos a propósito de la aporía de los *kôans*, si este último no responde al instante, es arrojado de su sitio y el Visitador enseguida lo reemplaza. En esta técnica *subitista*, la inversión de los lugares apuesta a la producción de palabras a partir de lo imposible. Uno de esos enigmas, que hizo correr mucha tinta en comentarios, se enuncia simplemente como *el niño de los cabellos blancos*. Dicho enigma muestra bruscamente el instante en que aparece una juventud arcaica, la juventud imperiosa de un comienzo del tiempo del que somos los viejos contemporáneos. Acordémonos que *arkhé* en griego significa a la vez comienzo y mandato.

La vitalidad de estos usos nos es todavía accesible por medio de otros teatros rituales transmitidos desde la noche de los tiempos. Lim Jin Soo, erudito coreano y psicoanalista, nos contaba que en su país el teatro no existe, por lo menos como en Occidente. En efecto, está íntimamente ligado con los rituales chamánicos llamados *Kut*, cuyos actores y acróbatas ambulantes, como los juglares en otros tiempos en Europa, son los transmisores que permiten, en el escenario, la irrupción de tiempos heterogéneos en el mundo civilizado. Recientemente, el director coreano Kim Jeon-ok presentó así un espectáculo proveniente de ese ritual:

Un país imaginario vive un período de conmoción histórica. Las clases dominantes se han muerto o se suicidaron. Para aplacar la ira de los muertos, una princesa todavía viva ejecuta un *Kut* en compañía de mujeres chamanes, *mudang* y de algunos saltimbanquis. El pasado resurge, se mezcla con el presente... Las *mudang*, de origen plebeyo, sufrieron muchas veces daños fisiológicos o psíquicos cuando eran jóvenes. Estas enfermedades, consideradas como anunciadoras, adquieren valor de prueba. Habiéndolas superado, el indivi-

duo sabe que, mediante la práctica del éxtasis, podrá servir de intermediario entre los mundos. En la Corea de hoy, los *Kut* están muy vivos.⁵⁹

EL NIÑO DE LOS CABELLOS BLANCOS⁶⁰

¡Mayday! *La medida del tiempo*

*Es mayo, es mayo, es el bello mes de mayo.*⁶¹ A principios del siglo xx, en París, la famosa cantante Yvette Guilbert,⁶² "declamadora de fin de siglo", como le gustaba presentarse a sí misma, todavía cantaba la canción de Clément Janequin. Yvette Guilbert, a quien Toulouse-Lautrec pintó con sus largos guantes verdes, fue amiga de Freud durante la estancia de este último en el servicio de Charcot en París. Después de la Primera Guerra Mundial, Freud fue a escucharla a todos los conciertos anuales en Viena y todas las veces le enviaba flores con su tarjeta. Pronto Guilbert se confió a él como no lo hizo con nadie y le pidió que la ayudara a comprender en qué consistía la esencia de su arte. La foto de Yvette Guilbert se hallaba en la biblioteca de Freud, en su departamento de la calle Bergasse en Viena.

Todavía hoy reverbera esta canción francesa en la celebración del May Day, el primer día de mayo, en la época isabelina

⁵⁹ Kim Jeon-ok, *La Fleur, l'eau, l'arbre*, programa del espectáculo del teatro Jayu, París, Maison des Cultures du Monde, marzo de 2002.

⁶⁰ P. Demiéville, *Entretiens de Lin-Tsi*, traducción y comentario, París, Payard, 1972, p. 51: "Les cheveux pendant de l'enfant sont blancs comme fils de soie [Los largos cabellos del niño son blancos como hilos de seda]".

⁶¹ C. Janequin, *A ce joli mois de may*, 1543.

⁶² C. Brécourt-Villars, *Yvette Guilbert l'irrespectueuse (1865-1944)*, París, Plon, 1988. Sobre su correspondencia con Freud, véanse pp. 319 y ss.

de la Feliz Inglaterra, *Merry England*, antes del desencanto que siguió a la condena de las fiestas paganas del siglo siguiente.⁶³

El 1° de mayo es a la vez la fiesta de los locos, las hadas y las brujas; es la noche de Walpurgis, la fiesta de Beltane, simétrica con Samaín, el 1° de noviembre, para dividir el año en dos. Orillando el período invernal y estival, estas dos fechas permitían y enmarcaban la irrupción de fuerzas sobrenaturales e irracionales, con el fin de revivificar el agotamiento del tiempo. Cada 1° de mayo se llevaba ceremoniosamente el *May Pole*, como una cucaña, desde el bosque hasta el pueblo.

El día del May Day, el *Lord of Misrule*, literalmente el Señor de la Sinrazón y de las reglas al revés, autorizaba la inversión de las costumbres y convocaba para los juegos rituales de mayo, *May Games*, entre otras figuras sagradas, al Loco, *Fool*, *Clown*, y al caballo vestido, *Hobby Horse*, que se entregaban a danzas guerreras, como la danza de la espada, *Sword Dance*. En esa ocasión, se podía ver al Loco pelearse contra el *Hobby Horse* hecho con un maniquí de mimbre que rodeaba a un hombre por el talle y lo recubría de tela hasta los pies.

Recordemos, por si acaso, que *Mayday!* es también el último llamado de socorro en caso de catástrofe, constituido a partir de la transcripción fonética del francés *m'aider* [ayúdeme]. Aquí, seguramente es el analista quien está a punto de lanzar el llamado.

En el mes de mayo, justamente, el análisis de Gilda se encontraba en una fase de progreso. Ella no deliraba desde hacía ya mucho tiempo. Sin embargo, ese día llegó a la sesión afirmando con un tono que no admitía réplica:

—Soy la Diosa enviada a la Tierra por extraterrestres, con los cuales estoy en comunicación, para anunciar que los tiem-

⁶³ F. Laroque, *Shakespeare et la fête*, París, PUF, 1988, pp. 120-140.

pos se terminaron. El fin del mundo es inminente. En un mes debo volver allí. Me reclaman. Mi misión en la Tierra se terminó. ¿Qué piensa usted de esto? Esto no es un delirio, estoy segura, me lo dijeron.

No tenía aspecto angustiado, sino terriblemente afirmativo. La analista sintió inmediatamente la urgencia de una muerte anunciada y pensó que los extraterrestres eran los compañeros de su padre, los jóvenes soldados muertos en El-Alamein. No dijo una palabra, pues sabía bien que el momento no pertenecía al pasado. Así pues, emplear gramaticalmente el tiempo del pasado no servía aquí de nada. Era urgente hablarle al Tiempo mismo, y por lo tanto al presente:

—Bien, tiene razón. Pero la medida de ese mes según los extraterrestres, en su mundo, puede corresponder a una duración muy diferente en el nuestro: años, quizás hasta siglos. La luz tarda un tiempo de locos para llegar a nosotros desde las estrellas. Por lo tanto, dudo que el plazo de los treinta próximos días sea exacto.

La analista dijo estas palabras no tanto por la urgencia para encontrar una argucia como por una sensación *unheimlich*, inquietante y familiar, de ruptura en la continuidad del tiempo: por momentos, las miradas de algunos de los suyos, en su propia casa, se iban a años luz y no la miraban más en el presente.

Gilda dejó escapar un suspiro de alivio y consintió en esta relativización del plazo. Después de esta brutal incursión de un tiempo de inminencia, el análisis retomó un curso más calmado, y las dos se separaron tranquilas para las vacaciones.

Hacia el fin de este período, sin embargo, la analista recibió una tarjeta postal ilustrada con un grupo de rock canadiense llamado *Sepultura*. Esta denominación la hizo sobresaltar, como un presagio fúnebre. A la vuelta, Gilda le contó que había tenido un intento de suicidio con medicamentos y que ella misma había llamado a los bomberos antes de que fuera dema-

siado tarde. Aunque no tomaba nunca esas pastillas, confesó que seguía haciéndoselas prescribir, a título de municiones.

En ese momento había sido internada en un hospital militar, pues su lugar de vacaciones estaba cerca de un puerto de guerra. Allí, un psiquiatra había agregado un nuevo diagnóstico a su historia clínica, que por cierto ya era bastante abultada. Gilda declaró sin ambages a la analista que los compañeros de su padre habían recibido *una sepultura* a través de su gesto. Pues siempre habían estado presentes en la actualidad de su vida. Por ejemplo, su padre no había dejado de mirar a los jóvenes en la playa. Eso la ponía mal. ¿Miraba a los muertos o a los vivos?

La locura de ella había durado veinte años. La dictadura de Mussolini se había extendido durante la misma cantidad de tiempo. Ahora estaba leyendo a historiadores del periodo mussoliniano (1922-1943). Durante ese tiempo, sus padres, nacidos en los años veinte, "habían bebido la leche de la Gran Madre fascista", dijo ella. Algunos libros trataban sobre las exacciones, pero raramente se mencionaba la infancia, la juventud, el entusiasmo, las esperanzas de ellos. Ni sus padres ni los amigos de estos últimos evocaban nunca los recuerdos de infancia. Después de la guerra, sólo contaba el presente. Había que ir para adelante. Pero para ella el negacionismo referido al pasado había impedido dar lugar al futuro.

Veinte años, ése había sido el tiempo en que su locura había explorado el infierno de las sociedades más civilizadas. Como el ángel Lucifer que podía encarnar en su delirio, ella había despertado monstruos, concreta y realmente, en hombres que por otra parte podían hacer alarde público de su alta virtud política y de sus maravillosas intenciones terapéuticas. Gilda había practicado el arte de desplegar los frunces del tiempo, donde los horrores de los hombres intentan escapar de las miradas de los hijos, generación tras generación.

La transmisión de una inmediatez catastrófica. Una Gilda estadounidense

¿Cómo esperar cuando esperar es imposible? ¿Cómo pensar en el futuro cuando el futuro es imposible? ¿Cómo pensar a la vez el *subitismo* de la inmediatez, y el *tiempo loco* necesario para la transmisión? Recorriendo un maldito camino difícil -*bloody rough way*,⁶⁴ como dice Wittgenstein-, Gilda había encontrado lo que sus padres tenían para transmitirle. Hasta su análisis, por no haber podido decirlo, ella había dado cuerpo, su cuerpo, a esa tarea. La transmisión de lo esencial se hace más a menudo por vías tortuosas y violentas que por la sumisión al conformismo de una sociedad dada.

Un caso marcado por una guerra más reciente⁶⁵ nos informa sobre lo que Gilda pudo recibir efectivamente de sus padres. Un veterano negro de Vietnam enloquece, más de veinte años después de su regreso, al mirar imágenes de la guerra del Golfo en la televisión. Cuando su hija vuelve de una fiesta, después de la hora convenida, él se abalanza sobre ella y la golpea violentamente: se pasó de la hora del toque de queda. La hija tiene 17, la edad que él tenía cuando partió a Vietnam.

Frente a su terapeuta, el presente gramatical y su voz expresan urgencia y autodesvalorización y traducen una situación vital: "Yo sé lo que piensan esos tipos en el desierto. No saben lo que va a pasar, ni que eso les va a durar veinte años. Y si vuelven diciendo que ya no son los mismos, la gente va a

⁶⁴ L. Wittgenstein, "Lettre à Rush Rhees", otoño de 1944: "[Por favor, avance en ese *bloody rough way*! ¡Quéjese, maldiga, pero avance!]. Citado por R. Monk, *Ludwig Wittgenstein. The Duty of Genius*, Nueva York, Pantheon Books, 1990, p. 476 [trad. esp.: *Ludwig Wittgenstein. El deber de un genio*, trad. de D. Alou Ramis, Barcelona, Anagrama, 2002].

⁶⁵ J. Jay, "Terrible Knowledge", en *Family Therapy Networker*, noviembre-diciembre de 1991, p. 21.

mirarlos con ese aire que conozco tan bien: "¡Ah! ¿Tiene algún problema?" Es duro recibir esa mierda continuamente".

Mientras tanto, es la hija la que la recibe. Quizás algún día encuentre ella la manera de hacer reconocer a su vez ese tipo de saber.

Enrolado a los 17 años,⁶⁶ su padre se había jurado no disparar ni un tiro contra el enemigo, hasta el momento en que matan a su compañero al lado suyo, de una bala en pleno pecho. En un frenesí de rabia y de miedo, tira sobre todo lo que ve delante de él. A partir de ese momento, "se vuelve como dos personas que viven en dos mundos diferentes y comparten el mismo cuerpo... El *self* descubierto en combate se vuelve una parte de él mismo. Funciona en dirección de la realidad del otro mundo". Los otros, los habitantes de la vida ordinaria, le dirigen en adelante una mirada de piedra, se volvieron *stone eyed*, petrificados, petrificantes. Él trata de complacerlos y de calmarse, de hacer "como si". Pero desde la guerra del Golfo, "ya no puede guardar silencio, que hasta entonces era su boleto de entrada a la normalidad".

No es en absoluto cuestión de represión, ni de exteriorizar lo que se encuentra en el interior, como lo sugieren los *psicólogos*. El pasado es presente, el mundo es peligroso.

El terapeuta estadounidense reconoce veinte años de experiencia y de fracasos con este tipo de paciente. Los diferentes enfoques especializados le sirvieron sobre todo para comprender los límites de estos intentos, pero no para aliviar la desesperación permanente de los veteranos. La hipnosis les hace recordar cosas que saben demasiado bien, pero no los ayuda a explicarles a sus mujeres por qué cierran todas las persianas a la noche y guardan un fusil debajo de la almohada. Los médicos que practican la Gestalt les dicen: *Be honest with*

⁶⁶ J. Jay, "Terrible Knowledge", *op. cit.*, p. 20.

your feelings -sea claro con sus sentimientos, como se dice ahora-, pero en ningún momento muestran un interés por la Historia. Los lugares se invierten: sólo cuando el terapeuta confiesa estar perdido, ellos le explican por fin la verdad.

Conocemos estas lecciones, pero cada vez tenemos que redescubrirlas:

- La delimitación de un espacio-tiempo entre dos muertes:

El veterano no tiene ganas de sentarse tranquilamente a comprender. Se ha quedado fijo en un ultraje inconcebible, que corresponde en ferocidad al sufrimiento y al terror del propio trauma. Suscita la simpatía, además de la impaciencia y la irritación que provocan los que rechazan curarse. Se presenta como un ser en carne viva que tiene como único deseo desaparecer y morir.

- El desafío del Satori:

El trauma es un desafío a la sociedad, a las verdades reconfortantes, a las dicotomías morales, a la ética del terapeuta o, más bien, a su arte. Se le pregunta inmediatamente: "¿Cuál es su posición?". No sobre bases generales, universales y abstractas, sino a propósito de *esta* guerra, de *esta* cosa terrible que pasa todos los días,

que nadie elige, que la mayoría se niega a ver, acogiendo ese saber terrible con una piedad condescendiente, después con enojo después con furia y por último con disgusto.

- El reconocimiento del saber de lo Real: "Una sociedad que pide a esos sobrevivientes sacrificar ese saber como precio de

su integración es una sociedad moral y espiritualmente disminuida por la negación y la falsedad. [...] ¿Cómo pasar de los terribles *knowledges* al *aknowledgement*?⁶⁷ ¿del conocimiento terrible al reconocimiento?

Diadorim, epopeya brasileña de un combate contra el Otro real

"La guerra reserva este tipo de cosas; lo que no es posible es contarlas. Pero quien dice toda la verdad miente apenas."⁶⁸

Gran Sertón: Veredas [*Grande Sertão: Veredas*], traducida al francés con el título *Diadorim*, es la obra maestra del novelista brasileño João Guimarães Rosa. Escrita según el modo de la tradición oral, esta epopeya trata sobre el combate contra el demonio, encarnado en la ley perversa de cierto Hermógenes, un hombre a quien le gusta matar para destruir. El narrador, Riobaldo, es el jefe de una banda guerrera de *jagunços* que imponen la ley en el Sertón sin ley. La verdad es que cualquiera puede verse tentado de pactar con Hermógenes y franquear el frágil límite en que la resistencia para sobrevivir se transforma en sadismo, en que la neutralidad se torna cobardía.

El analista se ve confrontado con las mismas fragilidades y con las mismas tentaciones cuando los demonios aparecen en su campo. No está seguro de no huir, de no rendirse, de no vender su alma. Subido al mismo tren que su paciente, el analista está frente a la urgencia de mantener el rumbo de la palabra dada, hacia y contra todo, en situaciones que tienden a excluir y a falsificar esa palabra. El camino es riesgoso, pues

⁶⁷ J. Jay, "Terrible Knowledge", *op. cit.*, p. 26.

⁶⁸ J. Guimarães Rosa, *Diadorim*, *op. cit.*, p. 306.

los demonios exigen su parte de sacrificios y de suicidios. "¿No es muy peligroso vivir?"⁶⁹ es un *leitmotiv* de la novela.

El tiempo de la epopeya extiende a lo largo del relato la obsesión de una traición que hay que vengar. "Mientras no pudiera vengar el pasado histórico de su padre, él seguiría obsesionado."⁷⁰ "Él" es Diadorim, el *therapon*, el segundo en el combate al lado de Riobaldo.

Para apresar a esos demonios no es necesario ser experto en demonología o en religiones animistas. Nosotros no somos espiritistas, no creemos en los fantasmas, pero nuestros pacientes llenan con ellos nuestros consultorios. El analista, como ya mostramos mediante ejemplos, encuentra lo demoníaco en esos momentos de detención del tiempo cuando, a su pesar, se ve impelido a penetrar más allá del deseo y de la memoria: mundo de fastidio y de odio donde se desencadena el asesinato impersonal de los cuerpos y las almas.

Gran Sertón comienza con la *proximidad* de un médico y un ex combatiente. Como Elias Lönnrot, el médico finlandés que recogió en el siglo XIX la tradición oral y los cantos mágicos de los fineses para hacer el *Kalevala*,⁷¹ el doctor brasileño despliega su arte en dirección a una cultura moribunda. Aquí, Guimarães Rosa visita al viejo Riobaldo, que está inválido.

Se ve que usted sabe muchas cosas, además de tener el diploma de doctor. Por eso le estoy agradecido. Su compañía me da gran placer. Si lo considerara correcto, me gustaría que usted viviera aquí, o al lado; me vendría bien. Aquí, los de mi

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 46 y *passim*.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 42.

⁷¹ E. Lönnrot, *Le Kalevala, épopée des Finnois*, trad. fr. de G. Rebouret, Paris, Gallimard, 1991 [trad. esp.: *Kalevala*, trad. de U. Ojaen y A. García Mayo, Madrid, Alianza, 2010].

entorno no tienen cómo instruirse. El Sertón. El Sertón es el lugar donde nuestro pensamiento se forma y se torna más fuerte que el poder del lugar. Vivir es muy peligroso. ¡Cómo! No se va a ir, tan pronto. Hoy no. Mañana no. No lo consiento. Perdóneme, pero en nombre de nuestra amistad, usted se queda.⁷²

Poder del lugar: la palabra surgida brota de una época pasada. Canta la muerte de un tiempo que corre el riesgo de desaparecer y de ya no ser comprendido. En la frontera de dos temporalidades, el fin de los tiempos caballerescos es de todas las épocas. El mito cuenta la degradación crónica de la frágil dimensión de lo Simbólico. Como Don Quijote, que delira sobre los tiempos heroicos siempre pasados, como el Faulkner de la derrota sudista, como el Homero de la guerra de Troya, Guimarães Rosa es el destinatario de un relato que llega después, es decir, demasiado tarde:

¿Pero usted tiene seriamente la intención de recorrer de punta a cabo este mar de territorios para cotejar la combinación de lo que existe? Usted tiene sus razones. Ahora —me digo— llega usted: llegó demasiado tarde. Los tiempos se fueron, las costumbres cambiaron. Queda poca cosa de lo legítimo auténtico, casi no queda nada. Las grandes bandas de valientes se dispersaron, muchos que fueron *jagunços* sufren, mendigan en las esquinas.⁷³

La desidealización, curiosamente, se encuentra en el inicio de la posibilidad de decir el *epos*. La palabra quedó descalificada

⁷² J. Guimarães Rosa, *Diadorim*, op. cit., p. 38.

⁷³ *Ibid.*

después de las catástrofes, y el que la retoma se sitúa en la falla de donde ella va a poder brotar, como una confesión de lo inaudito. Un momento inaugural como ése es muy precisamente, muy ritualmente producido cuando el *medicine man* sioux cuenta, en el preámbulo de una ceremonia, los síntomas de la infancia y la visión que lo marcaron con la incompletud de donde surgen las palabras y que lo inició en el camino para ocupar a su vez esta difícil posición.

"Yo busco su locura como un perro busca a su amo", decía con inteligencia a la analista una mujer joven que salía de la cárcel después de haber disparado contra un policía. Para atravesar las áreas de catástrofe se requieren del analista algunas formas de confesión del saber del trauma, más que su disímulo, que vale entonces como prohibición de pensar.

Riobaldo se presenta como un inválido, como si el *epos*, para ser inscrito, tuviera necesidad de la enfermedad del cuerpo y de las heridas del alma. "Si no fuera por mi invalidez debida a la úlcera y al reumatismo, iría encantado. Yo lo guiaría por todas partes."⁷⁴ Ya que no es su compañero de ruta, Riobaldo será el compañero de palabra, palabra pariente de la que ronda en un análisis, para decir el tiempo perdido. Sólo entonces puede advenir en el relato otro doble espectral, Diadorim, el compañero de armas cuya presencia lo atormenta: en efecto, al final del libro será asesinado.

Hasta el final subsiste el enigma, para todo el mundo, de la identidad sexual del *therapon*. Una vez muerto, se descubre que es guerrera y mujer. El tiempo de ese amor cortés se desdibuja, como el de los guerreros. Diadorim es la Dama cercana y lejana. Ocupa el lugar de lo que garantiza la instancia de la

⁷⁴ *Ibid.*

vida y del lazo frente a los ataques perversos⁷⁵ contra el lazo y frente a la destrucción generalizada. Aquí empleamos la palabra perversión para calificar la instrumentalización de lo humano y todos los intentos de desubjetivización: la locura de Don Quijote es justamente el antídoto.

La Dama de Don Quijote

En esos enfrentamientos, las referencias imaginarias no se sostienen, ni siquiera aquellas que distinguen lo masculino de lo femenino. Tal es también la propiedad de esas áreas catastróficas: la identidad sexual se confunde, en la misma detención del tiempo. Por el contrario, todos los detalles de esta historia contada sin descanso, casi sin respirar, sin puntos, quedan grabados: "Yo sé cómo yo sé. ¡El cuerpo no traduce pero sabe!"⁷⁶ En ese caso, el saber del cuerpo es inalterable. Sin embargo, su forma no es inmutable.

El cuerpo de la Dama no habita siempre la altura poética del ideal. Desfallece y se levanta de acuerdo con las catástrofes. Dulcinea, tal como puede describirla Sancho, es una joven gruesa y varonil, que dice palabrotas como un carrero, huele a ajo y sudor y no es tan reacia a fornicar. Pero poco importa, pues para Don Quijote ella es el lugar vacío al que van todos sus pensamientos, sus poemas, la dirección de su discurso, el intersticio y el breve momento de su libertad, frente a aquellos que quieren "sanarlo" y encerrarlo.

⁷⁵ W. R. Bion, *Réflexion faite*, trad. fr. de F. Robert, París, PUF, 1992 [trad. esp.: *Volviendo a pensar*, trad. de D. R. Wagner, Buenos Aires, Hormé, 2006].

⁷⁶ J. Guimarães Rosa, *Diadorim*, op. cit., p. 41.

En el segundo *Don Quijote*, escrito como desafío al falsificador, el héroe cede durante un tiempo a la seducción de un Duque y una Duquesa. En su casillo, sadiano *avant la lettre*, Don Quijote y Sancho sirven de instrumento, sin saberlo, a la diversión de sus anfitriones. Un lazo social perverso, llamado así por Cervantes, es en adelante el blanco de los combates del héroe, que finalmente se libera de ellos para reemprender su ruta.

En esta prueba recibe la ayuda de un avatar de Dulcinea: nada menos que una dueña menopáusica. Para salir del círculo maldito de ese lugar de placeres alcanzados a sus expensas, Don Quijote venga el honor de esta mujer antes de retomar su camino, "habiendo reencontrado su centro"⁷⁷ Una comedia musical donde cantan dueñas con barba⁷⁸ demuestra hasta qué punto la instancia de la Dama es una instancia femenina simbólica más allá del principio del placer, más allá de todos los clichés imaginarios de la seducción. Ella encarna simplemente alguien en quien confiar, cualquiera sea su imagen.

La Cosa y las palabras

Cuando llegan al consultorio del analista, al borde de la internación o ya internados en el hospital, estos Don Quijote y estos Sancho Panza que saben tanto, que saben demasiado, no tienen aspecto de combatientes sino más bien de vagabundos. Parecen errar entre dos mundos, en el límite de nuestro mundo. Ubicados en los márgenes de la ciudad, se los designa como

⁷⁷ M. de Cervantes, *Don Quichotte*, trad. fr. de J. Canavaggio, París, Gallimard, col. "Bibliothèque de la Pléiade", 2001, II, cap. LVIII [ed. esp.: *Don Quijote de la Mancha*, San Pablo, RAE y Alfaguara, 2004].

⁷⁸ *Ibid.*, cap. XXXVIII.

seres apotropaicos, que nos permiten sin duda dormir tranquilos. Son vigías de otro mundo, pero ¿de qué otro mundo?

"¡Pensar que peleamos por esto!", decía el tío Émile, cazador alpino que cuando volvió de la victoria de Narvik, al norte de Noruega, en abril de 1940, desembarcó en Dunkerque desde la bodega de la nave con la bayoneta calada. Fue hecho prisionero, se escapó, lo agarraron, fue deportado. Después de su retorno, devolvió al Ministerio, en París, todas sus condecoraciones.

Una enorme carga pesa sobre los hombros de los descendientes. ¿Qué combates inacabados les dejaron en herencia estos guerreros al mismo tiempo que a todos nosotros? Su guerra es cercenada, arrancada de la trama de la Historia, otra vez al precio de la detención del tiempo. Eso es lo que nuestros pacientes aportan, en un último desafío, para analizar: es decir, primero para reconocer siguiendo un itinerario más cercano al de Antígona, obstinada en enterrar a sus muertos, que al del complejo de Edipo.

Así aparece la común medida entre la locura y la guerra. El común denominador no se encuentra en un uso metafórico de la palabra *guerra*, aplicada a situaciones familiares, a las calles, las ciudades, los suburbios. Se trata de un área de recubrimiento entre el espacio-tiempo del guerrero, del sacrificio de su vida siempre en el horizonte, y un proceso comprometido en el fuego de lo Real, que es la dinámica misma de la locura.

Lejos de los diagnósticos deficitarios, el acto analítico en caso de locura está constituido por una flecha lingüística apuntada hacia la Cosa real, para obligarla a entrar en las palabras. El analista que percibe ese combate se vuelve transferencialmente uno de los actores, un *agón* que encuentra su sentido original en un fin de los tiempos: fin de los tiempos heroicos, fin de los tiempos de memoria, fin de los tiempos del psicoanálisis.

lisis también. ¿No se oye decir por todas partes que, frente al éxito de los psicotrópicos y de las terapias breves, el psicoanálisis ya cumplió su cometido?

¿Y si fuera verdad? ¿Y si fuera el precio de la paz a cualquier precio? La Historia nos enseña lo que cuestan esas paces. Pero el psicoanálisis de lo Real no lo entiende así. Es asimilable a un combate del cual los protagonistas vuelven un poco tontos, es verdad. Están lejos del triunfalismo que recompensa a los premiados sobre un estrado. Y sin embargo, ellos esperan ante todo que los esperemos, a ellos tal como son, con lo que nos muestran.